

Ministerio **ADVENTISTA**

● La hora
del traslado

● Observaciones
de un psicólogo

Marzo - Abril 2000



**La separación de la Iglesia
del Estado**

Ministerio ADVENTISTA

Contenido

- 2 Asumamos nuestra identidad**
Jan Paulsen
- 3 La hora del traslado**
Raymond Edwards
- 6 No todo está perdido**
Lucila S. Arouca
- 9 Los imperativos de la predicación**
Charles Bradford
- 12 Nuestra máxima prioridad**
Horne P. Silva
- 18 Observaciones de un psicólogo**
William E. Rabior
- 21 El sábado en los evangelios**
Samuele Bacchiocchi
- 25 La separación de la Iglesia del Estado**
Barry Hankins

Director:
Werner Mayr

Traductor:
Gastón Clouzet

Consejeros:
Alejandro Bullón
José Viana

Diagramador:
Ivonne Leichner

Año 48 - N° 282 / MARZO-ABRIL 2000

MINISTERIO ADVENTISTA es una publicación de la Asociación Ministerial de las Divisiones Interamericana y Sudamericana de la IASD; editada bimestralmente por su propietaria, la Asociación Casa Editora Sudamericana, de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Impresa mediante el sistema offset en

EDITORIAL

Asumamos nuestra identidad

Jan Paulsen, presidente de la Asociación General de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

¿Quién o qué soy yo? ¿Cuán honesto tengo que ser con respecto a mi propia identidad? ¿Cuán importante es que mi identidad sea clara?

Conocer la propia identidad es importante para la supervivencia. Descubrir la identidad de la gente es esencial para entablar todo tipo de relación. Una vida gastada en el afán de negar la propia identidad, sin interesarse en ella, sin buscarla nunca, probablemente sea algo insostenible. En el mejor de los casos es una vida incompleta, consumida en las tinieblas, pobre en realidades y ansiosa por encontrar algo indefinible. Eso causa frustración, lo que ciertamente no es una buena manera de vivir.

La identidad es algo más que saber "de dónde vine" o "quiénes son mis padres". Es más que la calificación profesional, más que preferencias y rechazos, olores y gustos. En parte puede ser todo eso, pero en el fondo es la realidad interior de la personalidad lo que cuenta. Mi identidad es mi corazón. Es lo que hace de mí un "yo", un "alguien", y me proporciona las razones para ser transparente y honesto conmigo mismo. También me induce a examinar y comprender las características exteriores de mi persona, que confirman mi identidad. Todos formamos parte de algo que es mayor que nosotros mismos. En otras palabras, formamos parte de una comunidad con identidad compartida.

Como creyentes, nuestra identidad fundamental depende de Cristo. Por la fe él nace y mora en nosotros. Somos de él. Mi identidad no puede ser razonable ni exactamente establecida sin la abarcante afirmación de lo que Jesucristo es para mí y lo que su presencia hace en mi vida. Esto explica la diferencia que produce la conversión en alguien. Modifica radicalmente su identidad personal. En eso también reside la diferencia que existe entre un creyente y un incrédulo. Sus identidades equivalen a mundos distintos.

Pero la identidad es incluso algo más definido que esto. Cuando me acerco al púlpito para enseñar e interpretar la Palabra, es muy importante que me acuerde de las personas que están delante de mí, conscientes de su identidad, como miembros de esta particular comunidad de fe.

¿Cómo estamos descubriendo y expresando nosotros nuestra identidad?

No estoy pensando en primer lugar en el

evangelista que, al planificar su estrategia, decide pensar menos en sí mismo y más en lo que tiene que decir; aunque él también necesite saber por sí mismo, total y honestamente, la razón de esa decisión. Tampoco estoy pensando en la persona que decide evitar encontrarse en la situación de determinar ante alguien "quién soy yo", porque "en treinta minutos más nos vamos a separar cada uno por su lado", o porque la discusión acerca de ese tema necesita explicaciones más amplias. No; estoy pensando más bien en las relaciones y los contactos que establecemos a largo plazo, lo que implica un prolongado cultivo de nuestra identidad y la deliberada manera por medio de la cual decidimos expresarla o no. Sí, estoy pensando en el ministerio pastoral, en el educacional, en el médico y en otros más.

¿Por qué tiene que ser indefinida la identidad de los que llevan a cabo esos ministerios? ¿Y por qué tiene que haber tensión entre su declarada identidad y lo que se está haciendo?

¿Por qué debería preguntarse el adorador, al oír el sermón en el banco de la iglesia, si el predicador es adventista, bautista o luterano? ¿O relacionar el sermón de hoy con lo que leyó en el diario de ayer o en un libro de Psicología? Ésta es una iglesia adventista del séptimo día. Permitamos que nuestro mensaje refleje esa identidad. Lo que se debe proclamar es la Palabra de Dios. Reflejemos la identidad bíblica. La Iglesia Adventista del Séptimo Día fundó estas instituciones. Dejemos que su identidad se manifieste en lo que hacemos o enseñamos como teólogos, historiadores y consejeros. Eso es razonable y es honesto.

La identidad se puede afirmar o negar; no se puede olvidar. La identidad ignorada llega a ser negada, por omisión, sencillamente porque con el transcurso del tiempo deja de reflejar con exactitud lo que somos. Algo sucede a lo largo del camino. Puede reflejar lo que acostumbrábamos ser, pero que por alguna razón hemos rechazado, y ya no nos sentimos cómodos cuando se nos identifica de esa manera. Y algo sucederá en la jornada que nos aguarda, cuando marcados por el desafecto y la distancia, nos volvamos extraños a lo que éramos.

Cuando eso nos sucede como individuos, ciertamente es trágico. Y es destructivo también cuando le sucede a la comunidad de la iglesia y a los diversos servicios y ministerios que presta. Al final del día todos necesitamos saber quiénes somos, dónde estamos y a quién pertenecemos. La "mitad del camino" puede ser un punto de transición, pero jamás una morada permanente.

Es importante que nuestra identidad sea bien clara. Nuestra supervivencia depende de ella. Si dejamos de encontrarla y afirmarla, nuestra existencia terminará siendo la solitaria vida de un extraño. Y eso no es vivir. ♦

los talleres gráficos de la ACES, Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Argentina.

Correo electrónico:
aces@aces.satlink.net

—21030—

REGISTRO NACIONAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL N° 10012	CORREO ARGENTINO Suc. Florida (B) y Central (B)
PRINTED IN ARGENTINA	FRANQUEO A PAGAR Cuenta N° 10272

La hora del traslado

Raymond Edwards

Raymond Edwards es pastor en la Asociación del Sur del Caribe

No importa dónde. No importa quién sea. Todo traslado que tenga que ver con un pastor produce suspenso y especulación. ¿Por qué? ¿Por causa de las dificultades relacionadas con la nueva ubicación? ¿O porque la mudanza puede afectar el porvenir del ministro?

¿Despierta tanto interés el tema de la mudanza por causa de la emoción de asumir una nueva tarea, o por la oportunidad de escapar de los “atormentadores”? ¿O será porque la nueva ubicación le ofrece al pastor una oportunidad para reflexionar acerca de los éxitos y fracasos de su ministerio?

Creo que hay algo de verdad en todas las preguntas que acaba-

mos de formular. Pero, por encima de todo, lo más saludable de la mudanza de un pastor es su posible contribución al cumplimiento de la misión de la iglesia.

Las bases para la distribución de pastores

Durante años he observado que los administradores de los campos distribuyen a los pastores en los distritos sobre la base de lo que consideran los mejores métodos. Algunas de estas mudanzas han sido verdaderos éxitos y otras rotundos fracasos. En la mayor parte de los casos se observa un término medio con una posible tendencia hacia lo peor. Las lecciones que derivamos de este proceso son interesantes, y posiblemente importantes y útiles para el desarrollo de un objetivo misionero más definido. A pesar de que no disponemos de demasiados datos empíricos para llegar a conclusiones exactas con respecto a cómo se puede ajustar el pastor a su iglesia, la evidencia que se logra obtener de los diferentes casos indica en general que existe cierto patrón y una base para estos traslados. Me parece que hay por lo menos cuatro modelos diferentes, y hasta es posible que podamos proponer un quinto.

1. *El modelo basado en el prestigio.* Este modelo clasifica a las iglesias de acuerdo con cierta escala, y presupone que valen más o menos en función de factores tales como la demografía, el nivel socio económico, el grado de educación de los miembros, el tamaño y la belleza de los edificios, su ubicación (ya sea en el centro, en un barrio o en una zona rural) y su contribución al campo. Al mismo tiempo se clasifica a los pastores tomando en cuenta algunas características más o menos perceptibles, como ser su nivel de educación, cierto carisma, modo de vestir y de hablar, etc. Las responsabilidades se distribuyen tomando en cuenta esas dos escalas, a saber, las iglesias y los distritos, y los pastores disponibles. De acuerdo con este modelo, la “iglesia más importante” recibe al pastor que posee rasgos de carácter y habilidades destacados, mientras que “los pastores menos brillantes” van a parar a los “lugares apartados”. Un pastor dijo cierta vez: “El lugar adonde te envían es la más exacta evaluación que puedes esperar o desear. Lo que la administración piensa acerca de ti resulta evidente en el momento del traslado”.

2. *El modelo premio/castigo.* Para

clasificar las iglesias, este modelo emplea una escala que se basa en la cantidad de miembros, los edificios, las finanzas y la ubicación. La designación de los pastores, al mismo tiempo, se basa en el aprecio que tenga de él la administración, o la falta de aprecio que manifieste hacia él. Los “puestos más codiciados” se destinarán a “los partidarios de la administración”, mientras que las zonas más desfavorecidas quedarán a cargo de los que se considera que “no son tan partidarios de la administración”. Un pastor que fue trasladado no hace tanto comentó: “Yo ya sabía que el presidente no me quiere. Esta mudanza demuestra que yo estaba en su ‘lista negra’”.

Otro factor que cabe en este modelo es la confianza de los administradores. Las iglesias más influyentes se destinan a los que se consideran más leales o que podrían apoyar a la administración en situaciones difíciles.

3. *El modelo del ajuste.* Este modelo precisamente propone un “ajuste” entre las características peculiares de una iglesia y los rasgos personales más destacados del pastor. La pretensión de este modelo consiste en “casar” a la iglesia con la personalidad del pastor, para que la operación se lleve a cabo con los menores roces posibles.

4. *El modelo de las relaciones humanas.* Este modelo es multidimensional. Las decisiones se toman en función de ciertas circunstancias, como ser: la casa propia del pastor, el trabajo de la esposa, la escuela de los hijos o la edad del ministro en relación con el cli-

ma o la topografía del lugar, etc. Este modelo se atiene a la siguiente máxima: “La salud de la organización depende de la comodidad del obrero”.

Análisis de estos modelos

Se entiende que haya ventajas y circunstancias que pueden justificar la preferencia de un modelo sobre los otros. Existen también suficientes evidencias para sugerir que los períodos pastorales relativamente cortos de los ministros adventistas rinden más, o por lo menos lo mismo, que los períodos más largos. Entonces, la pregunta que surge no es si el traslado de los pastores es saludable o no para nuestras iglesias. Antes es necesario considerar algunos puntos. ¿Qué modelo ayuda más o perjudica más a la iglesia en el cumplimiento de su misión cuando llega la hora de trasladar al pastor? ¿En qué condiciones se pueden obtener mayores beneficios con una mudanza?

El predominio del modelo que se basa en el prestigio, en virtud del cual el pastor mejor calificado recibe el mejor púlpito, puede contribuir a impedir el desarrollo del campo, pues se descuida a las iglesias débiles que por eso mismo siguen siendo subdesarrolladas. Como resultado de ello se debilitan aún más, se vuelven menos activas y reciben pastores cada vez menos capaces. El resultado es un círculo vicioso: los pastores menos eficientes se hacen cargo de las iglesias más débiles, donde se encuentran con una receta que ya está en marcha, cuyo resultado será un desarrollo cada vez menor

de la iglesia, situación que generalmente empeora porque a la iglesia le faltan líderes calificados o motivados.

En los lugares donde el traslado de los pastores se basa en el esquema premio/castigo o simpatía/antipatía, el resultado será un constante tire y afloje, un permanente juego de influencias, politiquería y ciertos manejos destinados a escalar posiciones, acompañados de subterfugios y del desmedro de la calidad profesional del pastor. Un resultado inevitable de este modelo es la creación de un clima extraño a la organización, con la pérdida del espíritu de camaradería, de la confianza y la motivación. Además, se le infiere un tremendo perjuicio al carácter sagrado de la vocación ministerial, como asimismo al rito de la ordenación. Al trabajar de acuerdo con este modelo, los pastores están expuestos a un enorme daño espiritual, profesional y psicológico, que desvía las energías que necesita la misión hacia la política denominacional.

El modelo de “ajuste” puede ser bueno para descubrir al pastor mejor calificado con el fin de satisfacer las necesidades de determinada iglesia, pero en general no es suficiente para lograr un aumento sensible del crecimiento. El modelo que se basa en las relaciones humanas, aunque tome bien en cuenta la comodidad del pastor, su esposa y sus hijos, no condice con la enseñanza bíblica relativa al altruismo, que siempre se debe manifestar en el ministerio.

Ya que estos cuatro modelos son deficientes, debemos encontrar la respuesta a la siguiente pregunta: ¿Será que no existen otros elementos de juicio que puedan condicionar el método a aplicar cuando se trata de trasladar pasto-

La ubicación de los pastores en el campo tiende a reflejar las creencias y los compromisos de la organización con respecto a su misión.

res, de manera que podamos resolver el problema?

La combinación de la habilidad con la necesidad

Me gustaría sugerir un modelo que toma en cuenta un plan o visión relacionado directamente con el desarrollo de la iglesia, y que implica un interesante aprovechamiento de las habilidades de los pastores, con la mira de satisfacer las necesidades de las iglesias.

Es necesario destacar la diferencia que existe entre este modelo y el del "ajuste", que se basa precisamente en el ajuste entre las características de la iglesia y el comportamiento del pastor, con la intención de reducir la fricción y la tensión. En cambio, el modelo que se basa en la necesidad/habilidad pone énfasis en el ajuste que debe existir entre las habilidades del pastor y las necesidades de la iglesia, teniendo en vista precisamente su desarrollo. Para eso es necesario hacer los planes pertinentes y llevarlos a cabo con el fin de alcanzar un éxito completo. Lo más interesante es que ese ajuste entre las habilidades de los pastores y las necesidades de crecimiento de las iglesias, reales e identificadas, también terminando dando solución a los conflictos, porque los problemas sociales contribuyen definitivamente a la falta de rendimiento de las iglesias.

De esta manera el principio que determina el traslado del ministro se concentra en un solo factor: el fortalecimiento de cada iglesia, para que pueda cumplir la misión de predicar el evangelio en su vecindario. Si la misión debe ser la razón fundamental de nuestra existencia, las iglesias poco desarrolladas o con poco poder no serán capaces de cumplirla, y se-

El predominio del modelo que se basa en el prestigio, en virtud del cual el pastor mejor calificado recibe el mejor púlpito, puede contribuir a impedir el desarrollo del campo, pues se descuida a las iglesias débiles que por eso mismo siguen siendo subdesarrolladas. Como resultado de ello se debilitan aún más, se vuelven menos activas y reciben pastores cada vez menos capaces.

guirán siendo frágiles hasta que reciban a alguien capaz de ayudarles en forma adecuada a crecer y a funcionar satisfactoriamente.

La base teológica de este modelo que se basa en las necesidades y las habilidades se puede encontrar en la comparación que hizo Pablo en Efesios 4 de la iglesia con un cuerpo humano. De la misma manera como cada parte del cuerpo es importante para su función y el cumplimiento de su misión, todas las iglesias son importantes para el desarrollo y el cumplimiento de la misión de la totalidad del cuerpo de Cristo. Si una Asociación designa a sus mejores pastores para que atiendan a sus iglesias más destacadas, eso irá en contra del principio divinamente expresado que establece que precisamente se debe dar la más cuidadosa atención y consideración a las mayores necesidades. Donde se aplique este modelo basado en las necesidades y las habilidades, o la designación de un pastor en función del desarrollo planificado por el campo, se enviará a los mejores pastores a las iglesias menos desarrolladas o que tienen necesidades más definidas. Este modelo

contribuirá a disminuir la diferencia que existe entre las iglesias que más crecen y las que padecen más necesidades en el territorio de la Asociación o la Misión, con las más desarrolladas. Las personas que son tan preparadas como Pablo, deben ir a regiones tan desfavorecidas como Macedonia. (Hech. 16:7, 10.)

El ideal

La ubicación de los pastores en el campo tiende a reflejar las creencias y los compromisos de la organización con respecto a su misión. Cualquier consideración que se oponga a este sagrado ideal frustrará el concepto adventista relativo a la terminación de la obra. Si estamos interesados en concluirla, y si queremos usar el traslado de los pastores para fortalecer a la iglesia local, debemos adoptar el modelo que se basa en las necesidades y las habilidades. La importancia del ministerio debe ser evaluada en razón del desarrollo y las realizaciones del campo, y no en la designación de un púlpito destacado como demostración de una buena organización, de la fuerza de la iglesia o del cumplimiento de la misión. ♦

No todo está perdido

Lucila S. Arouca

Lucila S. Arouca es profesora en el Unicamp y miembro de la Iglesia de Campinas, São Paulo, Brasil.

“¡Qué pérdida!” Según el diccionario, esta expresión se emplea cuando alguien se quiere referir “al hecho de que se ha perdido algo, o a sus efectos”, y también “a la privación de algo que se poseía”. Cuando nos referimos a la pérdida de un ser amado, inmediatamente nos invaden sentimientos de dolor, amargura, resentimiento, privación, angustia, rebeldía, sufrimiento e infelicidad, por los cuales pasamos sin falta en el transcurso de nuestra existencia.

Nos parece imposible seguir viviendo sin esos seres queridos que ya se fueron; pero, al mismo tiempo debemos seguir enfrentando la realidad y tratando de aceptar esa pérdida. Al pensar en la historia de mi vida y en la amargura y la infelicidad causadas por la invasión de la muerte en mi familia, decidí intentar contestar ciertas preguntas para

las cuales todavía no tengo todas las respuestas, pero que, gradualmente, por la gracia de Dios, trato de hacerlo para apoyar a los que, como yo, enfrentan la angustia provocada por la constante pregunta acerca del porqué de esas pérdidas.

Convengo en que no es fácil consolar a nadie. Después de todo, yo misma paso por momentos de angustia a causa de esas pérdidas. Me acuerdo muy bien de aquel día, el 2 de abril de 1989, una mañana húmeda saturada del perfume de las plantas y del verdor de la selva, cuando en el cementerio de Flamboyant, en Campinas, São Paulo, dejé a mi querido compañero Morency Arouca, padre de mis cuatro hijos, con quien viví un matrimonio de 35 años, sin contar los cuatro de cortejo y noviazgo.

Desde entonces el Señor me ha enseñado algunas cosas útiles

“La vida está llena de rosas, aunque también hay espinas. Sucede que cuando aparece una espina pasamos muchos días con ella en la mano, hiriéndonos, lastimándonos, desesperándonos. Y dejamos a un lado las numerosísimas rosas, lindas, llenas de color y de perfume. Nos olvidamos de ellas, o no tenemos ojos para contemplarlas”.

para ayudarme a superar el vacío y el dolor de la separación.

Aceptación de la realidad

Quiero compartir en este artículo algunos de los aspectos de este aprendizaje.

Cada vez que recibía expresiones de pésame de parte de conocidos y amigos, mis preguntas eran: ¿Cómo voy a enfrentar las actividades de todos los días sin la presencia de mi marido? ¿Por qué me pasa esto? Entonces recibí el consejo de un tío sabio, que también había sufrido la pérdida de uno de sus hijos, quien me dijo que jamás debía preguntar a Dios el porqué de mi sufrimiento y de la pérdida de mi ser amado.

La vida no nos da garantías de nada. Aceptar sus limitaciones es una condición compleja pero necesaria para encarar el futuro frente a las frustraciones de la existencia.

En efecto, los momentos de felicidad que pasamos junto a nuestros amados no son permanentes. Pero al mismo tiempo Dios nos hace promesas maravillosas y consoladoras, como la que encontramos en el Salmo 85:10: "La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron".

¿Cómo puede enfrentar el cristiano la pérdida de sus seres queridos y cultivar al mismo tiempo un espíritu alegre y positivo? Por cierto nuestra vida jamás volverá a ser lo que era antes; la ausencia y el dolor son sentimientos que se mezclan y literalmente nos deshacen. Pero tenemos que seguir viviendo para trabajar y atender nuestros quehaceres domésticos y profesionales, y hasta planificar actividades recreativas para los demás miembros de la familia.

En su libro *Cómo aprender a caminar en soledad*, la consejera A. Trobisch afirma lo siguiente: "Dé un paso a la vez; acto seguido Dios nos muestra el paso siguiente". Todo lo que podemos hacer es seguir viviendo, confiando en las promesas divinas, sin dejarnos dominar por las ansiedades y las tareas grandes que debemos enfrentar. Mientras aceptamos nuestra situación, en medio de la oscuridad de nuestro dolor, debemos dar gracias por los años felices que vivimos juntos, en los cuales aprendimos a conocernos y amarnos. En la gradual aceptación de los hechos encontraremos la paz.

Creceremos cuando podamos encontrar fuerzas para consolar "al alma afligida"; entonces, "en las tinieblas nacerá tu luz, y tu oscuridad será como el mediodía. Jehová te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma, y dará vigor a tus huesos; y serás como huerto de riego, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan" (Isa. 58:10, 11).

Otro asunto importante y generador de consuelo tiene que ver con el hecho de que, como dice Trobisch, "cuando comencemos a escuchar el canto de las aves, sabremos que estamos llegando al final del túnel". Incluso añade que para crecer, para renacer, debemos ser vulnerables y abiertos al amor, pero al mismo tiempo terriblemente conscientes de la posibilidad de seguir sufriendo.

Solidaridad

¿Cómo participa Dios en el proceso de superación de la pérdida en la vida del cristiano? Puesto que él promete que "enjuagará... toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni

No importa cuán grande sea la crisis, sólo Dios, que lo ve todo y evalúa nuestras acciones, sabe perfectamente lo que es bueno para nosotros. Por lo tanto, no podemos rebelarnos contra un Dios y Señor poderoso, justo y bueno, siempre listo tanto para curar nuestras heridas como para perdonar nuestra incredulidad frente a las circunstancias que alteran nuestra existencia.

habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron" (Apoc. 21:4), no estaremos solos, sino que tendremos a nuestro lado a un gran Amigo: Jesús.

No importa cuán grande sea la crisis, sólo Dios, que lo ve todo y evalúa nuestras acciones, sabe perfectamente lo que es bueno para nosotros. Por lo tanto, no podemos rebelarnos contra un Dios y Señor poderoso, justo y bueno, siempre listo tanto para curar nuestras heridas como para perdonar nuestra incredulidad frente a las circunstancias que alteran nuestra existencia. En mi caso particular, yo tenía antes al lado a mi compañero, el amigo que me ayudaba y me consolaba en el dolor, la enfermedad, los momentos difíciles de la educación de nuestros hijos y la solución de problemas personales,

profesionales o domésticos. De repente me encontré sola preguntándome: ¿A quién acudo ahora para pedir ayuda?

Descubrí entonces, poco a poco, que Dios está siempre cerca, plenamente solidario con mi dolor y mi tristeza. Y de esa manera él, que ya formaba parte de mi vida antes, como un honorable y constante invitado a mi hogar, pasó a ser mi mejor Amigo y Confidente. Después de todo, él habita también “con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados” (Isa. 57:15).

¿Cómo podemos ejercer una influencia cristiana y positiva, además de apoyar a alguien que se siente herido y deprimido? Confieso que no es fácil. Pero creo que, con mucha oración e íntima comunión con la Trinidad, podemos recibir paz y consuelo al compartir con los demás la solidaridad que recibimos de Dios.

Por más difícil que haya sido el camino recorrido, y aunque todavía no veamos la luz del final del túnel de la vida, vale la pena prestar atención al consejo que dice: Sed “gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración” (Rom. 12:12).

Solamente si buscamos y obtenemos el poder que sabemos reside en el Dios Trino y Uno, y si sentimos los efectos de su obra en nosotros, él nos devolverá tanto la seguridad como la confianza para enfrentar las luchas de todos los días.

Una visión positiva

“La vida está llena de rosas, aunque también hay espinas. Sucede que cuando aparece una es-

pina pasamos muchos días con ella en la mano, hiriéndonos, lastimándonos, desesperándonos. Y dejamos a un lado las numerosísimas rosas, lindas, llenas de color y de perfume. Nos olvidamos de ellas, o no tenemos ojos para contemplarlas”. Así escribió una vez el pastor Tercio Sarli en la *Revista Adventista*.

No sólo hay tristezas en nuestra vida. También hay momentos de mucha alegría. Hay situaciones muy agradables como, por ejemplo, ver crecer a nuestros hijos, verlos convertirse en personas equilibradas, responsables y cristianas; también podemos llegar a conocer a nuestros nietos. La vida nos puede ofrecer muchos encantos mediante las ricas bendiciones de Dios. Aun si los inconvenientes nos sorprenden a veces, tenemos muchas razones para alabar y agradecer a nuestro Padre celestial.

Creo que la alegría y el pensamiento positivo deben ser nuestros objetivos primordiales. A pesar de todo, “somos más que vencedores por medio de Aquél que nos amó... ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rom. 8:37, 38).

Aunque en la vida haya sufrimiento, dolor y heridas, es indispensable cultivar pensamientos positivos y gozar de alegría en las oportunidades que nos ofrece la existencia. Sólo por medio de una actitud de permanente comunión con Dios es posible encontrar alivio para el dolor causado por una pérdida. En el espacio de dos años perdí a mi padre, a mi esposo, a mi suegra y a mi madre. Pero nuestros cuatro hijos, sus respectivas familias y yo misma, encontramos mucha seguridad y

confianza en las preciosas e infalibles promesas de Dios. ♦

Los imperativos de la predicación

Charles Bradford

Charles Bradford es ex presidente de la División Norteamericana de los adventistas del séptimo día.

El camino que conduce a la predicación eficaz pasa por la necesidad humana. No es nuestro conocimiento teológico; tampoco lo que realmente importa son nuestras habilidades homiléticas. La comprensión del corazón humano, sus anhelos más profundos, sus reales necesidades: ésa es la llave que abre las puertas para la entrada del mensaje. Hablarle a la gente de cosas reales y prácticas es el “Ábrete, sésamo”, la varita mágica —si es que eso existe— que permite llegar al corazón.

Eso hizo de Jesús el más eficaz de todos los predicadores: “Pero Je-

sús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre” (Juan 2:24, 25).

Ezequiel fue a visitar a los exiliados en Tel-abib, y estuvo sentado siete días junto con ellos. “Y aconteció que al cabo de los siete días —dijo el profeta— vino a mí palabra de Jehová, diciendo: Hijo de hombre, yo te he puesto por atalaya a la casa de Israel; oirás, pues, tú, la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte” (Eze. 3:15-17).

Evidentemente la dirección de Dios —la orientación vertical— es prioritaria; sin embargo, la orientación horizontal, es decir, volverse hacia a la gente, produce el efecto final. Convierte la orientación vertical en una realidad que funciona en la experiencia humana. La predicación eficaz parte de una interacción dinámica con Dios, tanto dentro de la familia de la fe como en la comunidad en general. La noche de lucha de Jacob con el ángel le dio poder para vencer a “Dios” y a “los hombres”.

Para comunicarse con los seres humanos, para predicar con eficacia, el predicador debe identificarse con ellos, debe conocerlos. Eso no significa necesariamente que debe

andar apretando manos por todas partes, o saludando a todo el mundo en todo lugar. Pero tampoco puede ser un muñeco de cera.

Todos los buenos predicadores “atraen”. Algunos le dan a eso el nombre de “química”. Necesitamos conocer lo suficiente a la gente como para “ligarnos” a ella. Como dice Jesús: “Os he llamado amigos”. En otras palabras, todo lo que se le pide al predicador es que sea un ser humano.

Cuando nos introducimos en la Palabra y actuamos en consonancia con la gente, el mensaje de Dios llegará, y con él su urgencia. La semana que Ezequiel pasó en el mundo real, donde estaba la gente, fue para él como un colirio que le abrió los ojos. Lo asombró y lo convirtió en un gran comunicador. “Y ellos, escuchan o no escuchan, ya que son una casa de rebeldía, sabrán que hay un profeta en medio de ellos” (Eze. 2:5, *Biblia de Jerusalén*). Según Pablo, a los predicadores eficaces se los impulsa o se los constriñe.

Una pasión genuina

Nadie adquiere esta experiencia en el aula. C. H. Spurgeon cuenta que un día Juan Wesley llevó a uno de sus jóvenes predicadores a pasear en Londres por un mercado que se especializaba en la venta de

pescado. Cuando el predicador de la historia escuchó el lenguaje “tan colorido y tan terrenal” de las vendedoras, se dispuso a salir de allí a toda velocidad, presa de un santo horror. Wesley lo detuvo y le dijo: “¡Detente, Samuel; escucha, y aprende a predicar!” Es decir, también había que alcanzar con el evangelio a las vendedoras de pescado. Los predicadores no deben comportarse como santurriones que no pueden oír a la gente, aunque no todo lo que ésta diga sea puro. Esas mujeres no tomaban el nombre de Dios en vano, pero seguramente andaban cerca de eso.

Debemos pensar mucho en la gente de estos días: ancianos, jóvenes, hombres, mujeres, buenos, malos e indiferentes. No como nos gustaría que fueran, sino con todos sus defectos y necesidades. Cuando nos preparamos para predicarles, deberíamos preguntarnos: “¿Por qué experiencias pasaron durante la semana?” Cuando la gente delante de la cual nos ponemos de pie llega a formar parte de nosotros mismos, y nosotros de ella, se alcanza el gran objetivo de compartir. Y mientras luchamos con la Palabra y el texto, tratando de penetrar en ellos, es imposible que no compartamos todo eso con los demás.

Viene al caso el siguiente comentario de Elena de White: “Cuando nos demos un banquete de la Palabra de Dios, por causa de la preciosa luz que recogemos de ella, presentémosla a otros para que también puedan gozarse con nosotros. Que esa comunicación sea espontánea y sincera. Podemos atender mejor a la gente donde se encuentra, en vez de buscar palabras elevadas que lleguen al tercer cielo. La gente no está allá, sino precisamente aquí, en este mundo afligido, pecaminoso y corrupto, luchando contra las severas realidades de la

vida” (*El otro poder*, p. 87).

Una de las reglas más importantes de la predicación es no decir nada que no satisfaga una necesidad de nuestra propia vida, nada que no haya beneficiado y enriquecido nuestro corazón. Debemos saborear primeramente lo que hemos descubierto. La gente debe enterarse de las cosas, no porque nosotros se las dijimos, sino porque son una profunda realidad que hemos llegado a conocer por experiencia propia.

Comuniquemos nuestros descubrimientos

No existe mucha gente en el mundo entusiasmada con la Palabra de Dios. Por lo tanto, querrán oír, no a un santo embalsamado, sino a un ser humano, capaz de hablarles acerca de lo que les interesa, es decir, el significado de la vida, los recursos disponibles y también acerca de dirección y fortaleza.

Se habla mucho de la alegría que produce descubrir algo. Pero me gustaría ampliar este pensamiento: ¿Qué les parece compartir el gozo de lo que hemos descubierto, transmitir a los demás esas riquezas? Más todavía: animar a la gente a encontrarlas por sí misma, de modo que pueda decir: “Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí, oh Jehová Dios de los ejércitos” (Jer. 15:16). “Me regocijo en tu palabra como el que halla muchos despojos” (Sal. 119:162). Anime a la gente, predicador, a apropiarse de esos tesoros.

El imperativo escatológico

En seguida viene el imperativo escatológico, la realidad de las cosas que no se ven y una clara conciencia del carácter finito y la brevedad de todas las cosas. La gente ne-

cesita establecer sus prioridades, separar el trigo de la cizaña y las trivialidades. Hay un sentido de urgencia porque la vida es corta y el tiempo se va, y los planes y propósitos de Dios se acercan a su total cumplimiento. Estas riquezas, cuando se comparten, son eternas: son un tesoro.

¿Cómo saber lo que la gente necesita? ¿Cuáles son sus deficiencias espirituales y personales? ¿Qué debe saber acerca de Dios, de su Palabra y de sí misma, con el fin de crecer en la gracia? A veces pienso en cierto tipo de investigación. Algunos amigos míos, predicadores jóvenes, también la aprecian y ven en ella una buena manera de determinar las necesidades doctrinales, como asimismo identificar las necesidades y las debilidades en nuestro marco teológico tanto congregacional como personal.

Pero también existen cosas que se pueden conocer sin necesidad de investigaciones. Edgard Jackson, especialista en psicología pastoral, calcula que “en un grupo de cualquier clase de gente que se reúna, 20 estarán luchando con la angustia, 33 con problemas de ajuste conyugal, 50 con serias dificultades emocionales, unos 20 con algunas neurosis leves y de tres a ocho con la soledad, relacionada con impulsos homosexuales” (Merryl R. Abbey, *Communication in Pulpit and Parish* [La comunicación en el púlpito y la parroquia], p. 174).

Necesitamos elevar el tema de la predicación para que no sea mera actuación. El cometido que Jesús les dio a sus discípulos y a nosotros es bien desafiante: “¿Quién es el mayordomo fiel y prudente al cual su señor pondrá sobre su casa, para que a tiempo les dé su ración? Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, lo halle haciendo así. En verdad os digo que

lo pondrá sobre todos sus bienes” (Luc. 12:42-44). Nosotros, los ministros, manejamos los nutrientes esenciales que sustentan la vida espiritual.

Si suplimos las necesidades de nuestra gente, si nos ligamos a ellos, les puedo asegurar que el fuego sin duda se encenderá. El comentario más importante que se podría hacer en cuanto a un sermón no es el de siempre: “Me gustó mucho el sermón, pastor” o “¡Qué bueno su sermón, pastor!”, sino: “El Señor me habló a mí por medio de su sermón”. En algún momento alguien le preguntará: “¿Quién le dijo que yo estoy pasando por esto?” Entonces usted sabrá que el mensaje alcanzó su objetivo.

El papel de la técnica

Todo lo que acabamos de decir no descarta la técnica: la necesidad de prestar atención a las reglas. Pero si queremos alcanzar a la gente por medio de todas las vías correctas, será de gran ayuda que nos dediquemos a la tarea de aguzar nuestras habilidades con el propósito de convertirnos en mejores comunicadores. Mi padre, que fue pastor durante cincuenta años, acostumbraba decirme: “Hijo, no pierdas el tiempo”. Los predicadores africanos tienen un dicho según el cual “El sermón es una calle angosta”. La predicación se debe desarrollar con habilidad, sin muchos floreos retóricos y definidamente debe ir mucho más allá de la mera representación o actuación.

Acostumbro a usar una técnica a la que le asigno la sigla OVTB, que significa lo siguiente.

Observación. Examine el pasaje de las Escrituras de todas las maneras posibles.

Verdades. Haga una lista de todas las verdades que encontró en ese texto. Eso necesita cierta con-

centración.

Tema. Hay uno en el pasaje. Descubralo y asígnele un nombre.

Bosquejo. Si ya está completo el trabajo implícito en las partes anteriores, ha llegado la hora de comenzar a hacer el bosquejo. Si no es así, haga una comparación con otros pasajes que hayan sido una bendición en su vida. Poco a poco surgirá el resultado. Con el paso del tiempo, no tire a la basura sus bosquejos ni sus anotaciones. Todo eso debe permanecer accesible a su mente. Nada debe perderse.

La imprescindible claridad

Vivimos en una época de palabras con doble sentido, de expresiones folclóricas, de tecnicismos y de sobrecarga informativa. Se oyen muchas voces confusas. Nadie parece entender lo que dicen los demás. Los predicadores no debemos caer en esta situación. La claridad es imprescindible. No nos podemos dar el lujo de ser oscuros. Debemos eliminar sin piedad toda verbosidad, toda palabra que pueda oscurecer el tema.

Pensemos en el sermón como un organismo integrado y que crece, dinámico, más que como si fuera un proyecto de construcción. Una planta que crece debe recibir cuidado y atención. Un viejo labrador me dijo cierta vez lo siguiente acerca de un ciruelo: “Tengo que cultivarlo los doce meses del año”.

Así es el mensaje eficaz. Para que tenga cohesión, consistencia y concatenación, se necesitan tiempo y esfuerzos persistentes.

Si le pedimos a la gente que nos acompañe paso a paso, sin duda responderá. Si estamos donde la gente está, si nos sentamos donde se sienta, comprenderemos algo acerca de sus anhelos y sus profundas necesidades. Por eso los predicadores no se deben limitar a vin-

cular a la gente con ellos mismos —con su mensaje— sino que ellos deben estar vinculados con la gente. Jamás deben permitir que los oyentes regresen a casa con sus necesidades insatisfechas.

Jesús dijo que la gente era como ovejas sin pastor. Cuando descubrimos algo que puede beneficiar a nuestros semejantes, debemos estar ansiosos de compartirlo con ellos, invitándolos a regocijarse con nosotros y beneficiarse con lo que les presentamos. Eso forma parte de nuestra obra como pastores. Los predicadores debemos decirnos a nosotros mismos, antes de hablar con la gente: “Voy a compartir con mis oyentes las cosas impresionantes que Dios me mostró”.

¿Cuáles son, entonces, los imperativos que me impulsan cuando trato de satisfacer las expectativas del Cielo y suplir las necesidades de la gente? Primero, está el imperativo de poner énfasis y compartir sólo lo que ha sido una bendición para mí. Segundo, tengo la obligación de cavar muy profundamente para que el mensaje sea más certero. Tengo que animar a la gente también para que asimile la Palabra de Dios. Asimismo debo lograr que participe de este ministerio, como lo hacen las empresas ahora con sus empleados, dándoles participación en sus logros.

Finalmente, está el imperativo de la claridad. Si el mensaje no se *puede oír ni entender, es sólo metal* que resuena y cimbalo que retiene. ♦

Nuestra máxima prioridad

Horne P. Silva

Horne P. Silva es doctor en Ministerio y profesor de Teología jubilado. Reside en São Paulo, Brasil

El sexto capítulo del libro de Hechos se refiere a un progreso notable en el desarrollo de la iglesia cristiana primitiva. Los sucesos de los primeros días de esa comunidad son bien parecidos a la experiencia moderna. La iglesia acababa de recibir grandes bendiciones y revelaciones maravillosas, y estaba enriquecida con extraordinarios dones.

Es curioso verificar que cuando la gente tiene que encarar una gran empresa o una calamidad, queda perpleja por algún tiempo. No sabe dónde está ni qué le pasa; tampoco se organiza para enfrentar el futuro. Hay que apar-

tarse un poco del regocijo o de la tristeza para trazar un plan de acción conveniente. Eso fue precisamente lo que sucedió con los apóstoles desde el momento cuando se dio el Espíritu Santo hasta la elección de los siete diáconos.

Estamos tan acostumbrados a pensar en los apóstoles como gente inspirada, que nos olvidamos que la inspiración no modifica el carácter de las personas. Los mismos apóstoles se sintieron perplejos frente a los extraordinarios eventos que presenciaron. Buscaban y recibían la orientación del Espíritu Santo, pero no hicieron planes para desarrollar un sistema de doctrinas, ni de enseñanza ni de organización.

Dios, sin embargo, tiene su plan. El Señor resucitado les había hablado acerca del establecimiento de su reino. Pero ellos, sujetos a las mismas pasiones y debilidades que nos aquejan hoy, no podían comprender plenamente el tema de la predicación del evangelio ni el del desarrollo del cristianismo. Los primeros días se caracterizaron por lo que podríamos llamar un caos divino, a partir del cual la iglesia se fortalecería bajo la dirección del Espíritu.

El relato de los cinco primeros capítulos de Hechos es cierta-

mente impresionante. Los últimos años de la vida de Pilato, gobernador de Judea, estuvieron llenos de tiranía y hechos absurdos. El Sanedrín intentó reprimir a los apóstoles, pero se lo disuadió por fin de llevar a cabo ese plan sanguinario gracias a la intervención de Gamaliel. Después de eso dejaron que los apóstoles siguieran su curso sin ningún impedimento.

La complejidad del ministerio

El capítulo 6 de Hechos nos ofrece una vislumbre de la vida íntima de la iglesia primitiva: "En aquellos días, como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración..." (6:1). Hay aquí una clara lección para la iglesia. El aumento del número de miembros no siempre significa que aumenta la felicidad, el regocijo, la devoción y la verdadera vida espiritual. Con el crecimiento también vienen las dificultades, crisis, murmuraciones y el descontento. Dios, en su sabiduría, envía ambas cosas: el crecimiento, que le trajo alegría a la iglesia apostólica, y las dificultades, para que su pueblo se mantuviera humilde. Mientras el hombre viva en el mundo, su alegría siempre estará mezclada con tristeza.

Precisamente cuando la iglesia

crecía, y el corazón de los apóstoles estaba lleno de regocijo, se levantó la crítica de los conversos helenistas contra los de Jerusalén.

Cuando consideramos a la distancia estos hechos, tanto en el espacio como en el tiempo, pensamos en una iglesia apostólica sin problemas, unida, llena de fe y amor. Pero el relato de Lucas pone en evidencia que en el mismo comienzo los primeros cristianos también tuvieron que enfrentar luchas internas. Las pruebas que provienen del exterior son beneficiosas para la iglesia: le ayudan a mantenerse unida, fervorosa, laboriosa y triunfante. Pero las pruebas que proceden del interior son desmoralizadoras y tienden a eliminar la presencia de Dios en el corazón humano.

“Hubo murmuración...” Esos conversos vieron el poder de los milagros y presenciaron la manifestación del don de lenguas, pero se entregaron a la murmuración. Las costumbres cambian, pero el hombre sigue siendo el mismo. La iglesia actual no difiere de la apostólica. Se puede hacer todo correctamente, pero siempre habrá quienes estén listos para quejarse y condenar. Los apóstoles no escaparon a la acusación de favoritismo y a la crítica, mientras trataban de hacer lo mejor posible.

Eso nos lleva a la conclusión de que la iglesia primitiva no era una comunidad ideal, sino una sociedad llena de sentimientos, flaquezas y descontentos humanos, una situación muy parecida a la que existe hoy.

¿En qué se basaba esa murmuración? Se trataba de que los “helenistas” murmuraban contra los “hebreos”. Estos eran los nativos de Palestina, que hablaban arameo. Los que habían vivido en el mundo mediterráneo, fuera de

Palestina, hablaban griego, y en algunos casos no sabían nada de arameo. Se los llamaba “helenistas”. Muchos de esos judíos de la diáspora regresaron para vivir en Jerusalén, y algunos de ellos se convirtieron y se unieron a la iglesia.

Surgió entonces una discordia entre los cristianos que hablaban griego (los helenistas) y los que hablaban arameo (los hebreos), porque aparentemente había favoritismo en la distribución de los alimentos para las viudas. Pero detrás de eso estaban implícitas las costumbres, la raza, temas sociales y principalmente lingüísticos.

Siempre hubo disensión entre los judíos y los samaritanos, a pesar de que ambos adoraban al mismo Dios y se referían a la misma revelación. De forma parecida, los judíos de nacimiento vivían en constante discordia con los gentiles, aunque adoraran en el mismo templo y pertenecieran a la misma nación.

Los judíos de Palestina se consideraban puros, eran conservadores y menospreciaban a los judíos de la dispersión. Despreciaban en especial a los de Alejandría, por haber difundido el judaísmo entre los paganos, adoptando su idioma y sus costumbres. En los escritos talmúdicos encontramos lo siguiente: “Maldito sea quien le enseñe griego a su hijo”.

En Jerusalén había cerca de quinientas sinagogas divididas proporcionalmente entre hebreos y helenistas. Con la evangelización de los apóstoles vinieron a parar a la iglesia de Cristo —que en ese tiempo se llamaba “el Camino” (Hech. 9:2; 19:23; 24:14)—, judíos-judíos y judíos-griegos. Estos conversos trajeron sus cos-

tumbres, idioma, celos y antiguas diferencias. Hechos de los Apóstoles es una especie de espejo de la historia de la iglesia, que muestra las diferencias que existen entre judíos y romanos, entre católicos y protestantes, entre blancos y negros. Y el escándalo continúa hasta el día de hoy, en Jerusalén, entre judíos y mahometanos, entre israelíes y palestinos.

Cómo se encaró el problema

Los apóstoles necesitaban establecer un principio para llegar a una solución racional y razonable. Entonces concluyeron que en la iglesia hay diversidad de funciones y trabajos: existe el ministerio de la Palabra y están los que sirven en las mesas. Ninguna clase debería absorber todas las funciones, porque si así se lo hiciera, se perjudicarían muchas funciones tan importantes como la oración y el ministerio de la Palabra. Muchos cismas se habrían evitado en la historia de la iglesia si la membresía hubiera tenido siempre la oportunidad de hacer algo para el Maestro.

Se le ha causado daño al ministerio de la Palabra al acumular todo tipo de tareas en muy pocas manos. Hay muchos ministros que están sirviendo en las mesas mientras descuidan funciones más específicas para su cargo. Los miembros de las iglesias se quejan de la pobreza de los mensajes que están obligados a oír, porque sus pastores están sirviendo a las mesas, o en tareas puramente seculares. Durante la mayor parte de su tiempo están tironeados por las muchas cosas que deben hacer. Tienen que luchar contra sus propias frustraciones causadas por las incesantes presiones del trabajo, y al mismo tiempo tienen que darle satisfacción a sus superior-

res, atender a los miembros de la iglesia, a sus familias y a sí mismos.

La primera reacción del pastor joven frente a esta situación es la perplejidad, mientras procura agrandar a todo el mundo, sin conseguir jamás hacer realmente todo lo que se propone hacer. Entonces lo asalta la tentación de sacrificar las horas de estudio, meditación y oración, con el consiguiente debilitamiento del ministerio de la Palabra.

Los ministros son los profetas del Señor, los atalayas en los muros de Sion. Necesitan tiempo para hacer la gran obra que se les ha confiado, a saber, explicar la voluntad del Señor, traducir las ideas de la Biblia al lenguaje moderno, aplicar los principios divinos de la doctrina y la disciplina bíblicas a las exigencias de nuestra compleja civilización. Necesitan tiempo para leer, meditar, estudiar, pensar en cómo encontrar los principios eternos en el Libro sagrado y explicárselos a los oyentes hambrientos de la verdad.

Los apóstoles enfrentaron la crisis y establecieron una ley para lograr el verdadero desarrollo de una sociedad divina. Determinaron la creación de una nueva organización para atender las nuevas necesidades de la iglesia. Convocaron al pueblo para que les ayudara a resolver el problema. Trazaron el plan más eficaz que encontraron para eliminar las dificultades que habían surgido, y convocaron a la congregación para que participara en la solución del problema.

La iglesia, desde sus comienzos, demostró claramente que su gobierno no debe ser un despotismo clerical absoluto, sino un sistema donde el clero y el pueblo,

La congregación espera que su pastor sea predicador, administrador, organizador, amigo y consejero, y todo eso dentro de los cánones de la más alta calidad. La comunidad espera que sea un ciudadano ejemplar que contribuya a mejorar la sociedad de la que forma parte. El campo espera que alcance los blancos, sea un ganador de almas y un buen administrador.

reunidos en consejo, resuelven juntos sus problemas. Los apóstoles instalaron el principio de los derechos mutuos de los ministros y los laicos (sigo esta distinción según la clasificación adoptada corrientemente por la gente).

Establecieron los principios prácticos de la organización. Sabían qué se debía hacer, pero no impusieron su voluntad. Consultaron al pueblo, y como resultado de ello, resolvieron rápidamente las dificultades que habían surgido, y las que surgirían después.

Si siempre siguiéramos ese ejemplo, resolveríamos muchos problemas muy fácilmente. Aunque el ser humano tenga naturalmente la costumbre de resistir cualquier ley que se le imponga desde afuera, está dispuesto a acatar y practicar incluso algunas cosas que no le gustan tanto, siempre y cuando pueda participar en la formulación de la ley, y si ésta le resulta razonable.

Las acciones autoritarias del ministro, por más que tengan que ver con cosas pequeñas, generalmente destruyen la unidad y la armonía en la congregación. Promueven raíces de amargura que

arruinan la influencia y el éxito del ministerio. Un poco de tacto, sabiduría y condescendencia con los sentimientos humanos generalmente sirve para ganar una batalla. Lo contrario provoca una vigorosa resistencia.

Finalmente, los apóstoles enunciaron los principios que guiarían a la iglesia en la selección de sus dirigentes, especialmente cuando se tratara de lidiar con los asuntos temporales de la comunidad.

La solución

“Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio...” fue la salida que encontraron. Ya se hicieron muchas tentativas para explicar la razón en virtud de la cual la cantidad de diáconos se fijó en siete. Hay quienes piensan que se trata de un número sagrado, símbolo de perfección; e incluso que había siete mil conversos en Jerusalén. Tal vez la razón principal sea que ese número es conveniente y práctico. En caso de que haya diferencias de opinión, se puede asegurar la mayoría, y se evita la formación de bandos.

Los siete diáconos escogidos debían ser personas “de buen testimonio”, es decir, de buena reputación. Puesto que estaban por asumir funciones públicas, estarían sujetos a críticas y murmuraciones. Por eso debían disponer de la confianza de todos. Pero, especialmente, debían ser hombres “lentos del Espíritu Santo y de sabiduría”. La piedad, como virtud, no alcanza. Debían ser además hombres sabios y prudentes y tener buen discernimiento. Debían estar dirigidos por principios religiosos, por verdades bíblicas. Debían estar movidos por el amor divino y sustentados por el Espíritu, cuya gracia y bendición son indispensables para todos los que ejercen responsabilidades en la iglesia.

Se dice que “agradó la propuesta a toda la multitud”. Apparently, todos tuvieron la oportunidad de expresarse. El proceso de selección de estos siete hombres sorprende por la ausencia de política, para lo cual necesitamos estar tan atentos hoy. No es espiritual la actitud de alguien que desee dominar o controlar la situación. Y, entre los apóstoles, no encontramos esa clase de comportamiento. “Buscad (escoged)... de entre vosotros” dijeron ellos. Alguien incluso podría haber sugerido: “Vamos a nombrar tres hebreos y tres helenistas, y dejemos que ellos elijan al séptimo”. Pero no fue así. Cuando se presentó la propuesta delante de la iglesia, los miembros reunidos escogieron a los siete. Todos los elegidos eran helenistas, porque todos los nombres mencionados en el relato son griegos: Esteban, Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Parmenas y Nicolás. Este último tampoco era judío. Se trataba de un gentil que

había sido prosélito del judaísmo y que se había convertido al cristianismo. En lugar de nombrar una comisión mixta, formaron una comisión enteramente compuesta por personas del mismo grupo que había elevado las quejas. E hicieron bien.

Los ministros no deberían cargar sobre sus hombros todos los problemas sociales de la iglesia, para convertirse en héroes y mártires. En los días de los apóstoles la obra del pastor en el Oriente era relativamente sencilla. Alimentaba, guiaba y protegía al rebaño. Eso se debe seguir haciendo hoy. Alimentar con la “predicación de la Palabra”, guiar por medio del consejo pastoral y proteger defendiendo la verdadera fe.

Pero el transcurso del tiempo y las modificaciones introducidas en la organización de la iglesia han aumentado y complicado en gran medida los deberes del pastor moderno. Como administrador, se espera que sepa supervisar los negocios y las finanzas de la iglesia. Debe ser especialista en el arte de recaudar fondos. Debe saber no solamente dónde están los medios, sino cómo conseguirlos.

Como organizador, debe ser apto para desarrollar y supervisar el funcionamiento de los numerosos departamentos de la iglesia. Puesto que también es maestro, le debe dar orientación a los aspectos educacionales y enseñar en las clases de la escuela sabática y en las reuniones de maestros. Como sacerdote administra los ritos de la iglesia, dedica bebés, bautiza, aconseja matrimonios, celebra casamientos y lleva al sepulcro a los miembros de la comunidad que han fallecido. Como pastor ofrece dirección

espiritual y social para la vida doméstica de su congregación. Visita, aconseja, atiende a los enfermos y ayuda a resolver problemas. Se espera que tenga soluciones para todas las dificultades.

Si la cantidad de sus feligreses excede la cifra de 500, su trabajo supera los límites de la capacidad humana. A medida que su congregación crece, disminuye proporcionalmente el cuidado pastoral personal del rebaño. Pero el pastor también es predicador —ministro de la Palabra—, y tiene la sagrada misión de transmitir el mensaje de los Cielos para llevar a los creyentes a una íntima comunión con Dios y con sus semejantes.

La congregación espera que su pastor sea predicador, administrador, organizador, amigo y consejero, y todo eso dentro de los cánones de la más alta calidad. La comunidad espera que sea un ciudadano ejemplar que contribuya a mejorar la sociedad de la que forma parte. El campo espera que alcance los blancos, sea un ganador de almas y un buen administrador. Él mismo quisiera alcanzar la excelencia como predicador, maestro y consejero. Su Señor espera que alimente y guarde el rebaño, busque a los perdidos, visite a los enfermos y a los huérfanos y que le dé libertad a los prisioneros del pecado.

Ese hombre que se consagra “al ministerio de la Palabra” necesita tener la fe de Abraham para abandonar su comunidad, su país y su familia, con el fin de trasladarse de un campo al otro. Debe disponer del espíritu de sacrificio que caracterizó a Isaac, aunque él mismo sea el único carnero trabado de la zarza que esté a la vista. Debe cargar el yugo

con toda gracia, con la paciencia de Job. Debe presidir las comisiones con la sagacidad de David y la visión de Daniel. Debe tener la sabiduría de Salomón para resolver los numerosos problemas de la iglesia. Necesita del amor y la comprensión de Juan para aconsejar al rebaño. Debe poder predicar como Jeremías. Debe reunir y administrar bien los recursos de la iglesia, tal como lo hicieron los siete diáconos. Debe luchar "por la fe que una vez fue dada a los santos" como lo hizo Pablo, aunque sea "azotado cuarenta veces menos una". Debe atraer conversos como lo hicieron Pedro y otros apóstoles durante el Pentecostés.

Si logra sobrevivir, tendrá una iglesia próspera y una corona de vida con muchas estrellas. Tendrá un lugar con los patriarcas, profetas y apóstoles, junto al trono de su Señor.

Hay que delegar responsabilidades

¿Cómo se puede hacer todo eso? Tal como lo hicieron los doce: delegando responsabilidades, distribuyendo deberes. Al principio eso le puede parecer difícil al joven ministro, pero tiene que guiar a los miembros hacia el servicio. Debe enseñarles a apreciar la obra del Señor, sentir la satisfacción de desempeñar la parte que les corresponde y resolver sus propios problemas. Si no están ocupados en la obra del Señor, Satanás los mantendrá ocupados en la suya. Y entonces el pastor no tendrá tiempo ni posibilidades de concentrarse en las funciones que deben constituir su primera responsabilidad: la oración y el ministerio de la Palabra.

Originalmente, la idea expresada por el texto bíblico es la de

alguien que se entrega constantemente, una aplicación intensa y persistente a una cosa. Significaba que los apóstoles debían dedicarse totalmente "a la oración y al ministerio de la Palabra", de tal forma que ningún cuidado de la vida, y ni siquiera las necesidades temporales propias y de la iglesia pudieran desviar su atención de ello.

No nos estamos refiriendo a los ministros que cultivan lo que se llama *side lines*, es decir, actividades personales paralelas, al margen de su ministerio. Los que lo hacen están completamente equivocados. Nos preocupamos por los pastores que se comprometen con diversas actividades de la iglesia, de tal manera que debilitan el ministerio de la Palabra. Sus sermones son resúmenes que se basan en recortes de diarios, en estadísticas áridas y frías, en artículos leídos en alguna revista religiosa o en citas de Elena de White.

Nuestras congregaciones no necesitan muchas disertaciones acerca de problemas sociales o ensayos relativos a la situación religiosa del mundo. No se interesan en las declaraciones de los eruditos, de los hombres de reputación y fama. Tampoco se interesan en la situación política del mundo, ya sea que tengamos un profundo conocimiento de ella o no. Nuestros hermanos, y los que no pertenecen a la iglesia, quieren saber qué piensa Dios. Desean que se les diga en forma enfática lo que dice Dios en su Palabra. No encuentran satisfacción en ninguna otra cosa.

El Dr. Ralph Sockman, pastor metodista de la Iglesia de Cristo en Nueva York, declara lo siguiente: "La misión docente del ministro debe ser comprendida y

reafirmada si queremos disipar la crasa ignorancia de nuestro tiempo. Estos esfuerzos significan que usaremos más nuestra Biblia. Parece que muchos jóvenes tienen miedo de usarla en el púlpito. Se necesita un reavivamiento de la predicación, de la exposición de la Palabra" (*Best Sermons* [Los mejores sermones], pp. 14, 15).

La teoría es solamente el esqueleto de la verdad profética, y nunca llevará a las fuentes de aguas vivas a los corazones sedientos de la verdad. El predicador que alimenta su mente y su corazón con el mensaje de la Biblia nunca necesita preocuparse por lo que va a predicar.

Al delegar responsabilidades, el pastor tendrá el tiempo y la posibilidad de desarrollar siempre su capacidad intelectual. Nunca disminuirá sus esfuerzos. "La mente cultivada es la medida del hombre". Los diplomas y títulos significan poco, a menos que la mente esté progresando continuamente. Como dice Elena de White: "Vuestra educación debe proseguir durante toda la vida; cada día debéis aprender algo y poner en práctica el conocimiento adquirido" (*El ministerio de curación*, p. 399). Hay una declaración que tiene muy buen sentido, y que también se aplica a la física: "De la nada no puede salir nada".

Evidentemente, el que nada leyó, nunca estudió, ni jamás aplicó su inteligencia a aprender algo; el que pasó la vida entera cantando como la cigarra, cuando tiene que dar un mensaje musita banalidades y ofrece disculpas. Habla mucho y dice poco. Está lleno de palabras pero vacío de pensamientos; carece de poder. Puede ser elocuente pero no es convincente. Argumenta pero no lleva a la decisión. Hace demos-

tracciones de fuerza pero nadie se persuade. Enseña pero no cautiva. Predica bastante pero produce poco. La gente va y viene, tal vez interesada o divertida, pero no se postra en penitente entrega a los pies del Señor.

El ministro de Dios necesita celosa y sistemáticamente destinar tiempo a sus estudios, sus meditaciones acerca de la Palabra de Dios y la oración. En medio de las cargas y sobrecargas de las tareas y responsabilidades urgentes de su ministerio, el pastor necesita defender sus horas de tranquilidad y soledad, sin permitir la más mínima interferencia o intromisión, para consagrarse "a la oración y al ministerio de la Palabra".

Recibiendo para dar

Estamos tentados a correr siempre y a medir nuestra productividad en función de nuestra prisa, en una incesante dispersión de energías y asombrosa multiplicación de intereses que no dejan tiempo ni fuerzas para la comunión con Dios. Pero jamás podremos hacer algo bien hecho si no nos consagramos a la oración. El descuido de la comunión espiritual es sinónimo de fracaso en el cumplimiento de la tarea total del ministerio.

Cierto pastor, al dar una mirada retrospectiva a sus numerosos años de trabajo, confesó humildemente: "Nunca dejé de estudiar, nunca dejé de visitar, nunca dejé de escribir y meditar. Pero fallé en la oración. A veces porque no quería; otras, porque no me atrevía, y aun otras porque tenía otras cosas que hacer. Es difícil encontrar a un pastor que ora".

No hace falta que nos refiramos al ejemplo de Jesús. Basta recordar que en medio de un fár-

go de actividades Pablo no dejaba de orar: "Orando de noche y de día con gran insistencia" le dijo a los cristianos de Tesalónica refiriéndose a sí mismo (1 Tes. 3:10). Por eso les pudo recomendar: "Orad sin cesar" (1 Tes. 5:17).

Sí, no es tan fácil encontrar pastores consagrados a la oración. Los ministros cuyos corazones se elevan y se refinan gracias a las horas dedicadas a la sublime comunión, lo ven todo "desde lo alto" y no "desde abajo". El problema de muchos pastores es justamente éste: encarar su obligación a partir de niveles inferiores, de ángulos vulgares, de puntos de vista comunes. Y así van al púlpito. Y por eso hablan de lo que no les interesa a los oyentes, y dejan a sus ovejas en la aridez del desierto o en las franjas de tierra donde el forraje es escaso e insatisfactorio, en vez de llevarlos junto a los "delicados pastos" o las "aguas de reposo" de la Palabra de Dios.

Los apóstoles se dedicaron intensamente a la oración como una forma de prepararse para la predicación pública. El ministerio de la oración y el de la predicación son dos almas gemelas que nunca se deben separar. No se pueden divorciar sin causar graves perjuicios.

El ministro, por la gracia de Dios y el poder del Espíritu Santo, debe establecer la regla de no hablar nunca con los hombres antes de hablar con Dios. No hacer nada con las manos antes de ponerse de rodillas; no leer cartas, ni diarios, ni revistas ni libros seculares antes de leer una porción de las Escrituras. La tarea de predicar comienza cuando el predicador se pone en comunión con su Dios. Y el público necesita sentir en el sermón la presencia del "ca-

zador celeste" que busca las personas en los parajes más ocultos, persiguiéndolas mediante el ministerio de la salvación, para llevarlas de la muerte a la vida más abundante, "de gracia en gracia", "de fuerza en fuerza" y "de gloria en gloria".

El pastor que se consagra "a la oración y al ministerio de la Palabra" no ocupa el púlpito para deleitar la imaginación. Ni siquiera para informar la mente, estimular las emociones o ejercer influencia. Su único objetivo es mover la voluntad, encaminarla hacia otro rumbo, acelerarle el paso y lograr que se regocije "en los caminos de Dios". Ese predicador ocupa el púlpito para poner en sintonía la voluntad de los hombres con la de Dios. Para él el púlpito deja de ser "un tiesto lleno de cenizas", y el sermón será, como lo dice Ruskin, "treinta minutos capaces de resucitar muertos".

De todas las carreras que se pueden elegir, ciertamente la más privilegiada es la del ministro de la Palabra. Recorre los caminos de esta vida llevando consigo todo lo que necesitan los desfallecientes peregrinos, los heridos y los quebrantados, que confían plenamente en Dios. Es una santa vocación. Es una obra difícil. Pero servimos a un Salvador poderoso. Y "la alegría del Señor es nuestra fuerza". ♦

Observaciones de un psicólogo

William E. Rabor

William E. Rabor es psicoterapeuta, y vive en Saginaw, Michigan, Estados Unidos

Los pastores tienen muchas de las preocupaciones de otros pacientes que requieren psicoterapia, pero como consecuencia de su estilo de vida algunas de ellas pueden ser bastante diferentes. A lo largo de los años descubrí algunos problemas que se manifiestan con mayor frecuencia entre los ministros que procuran los consejos de un psicólogo. A continuación presentaré los diez más comunes:

La necesidad de ser oídos

Tal vez la mayor necesidad de un ministro es poder hablar con alguien en quien pueda confiar, que sea capaz y que esté dispuesto a oírlo. Aunque el pastor pueda y deba buscar para conversar a sus colegas en el ministerio, existen los que necesitan hablar especialmente con un psicólogo por lo menos por dos razones: la primera, disponer de alguien fuera de su profesión que oiga objetivamente y dé soluciones, y la segunda, que todo eso se haga confidencialmente. A veces el pastor se siente más seguro cuando le revela a un psicólogo sus más profundos sentimientos y sus asuntos personales.

El estrés

Muchos pastores se sienten oprimidos por el estrés: el estrés

ministerial combinado con el estrés producido por las inquietudes personales y los problemas de relación con su esposa, sus hijos y otras personas. Durante la terapia hablan frecuentemente de sus frustraciones respecto de la cantidad de cosas que tienen que hacer y del poco tiempo de que disponen. Hay quienes tratan de ser todo para todos, y ese esfuerzo termina en cansancio y debilidad.

Algunos sólo están sobrecargados. Las demandas que requieren de su tiempo y su energía agravan el estrés que ya tienen. Y sufren de depresión. Muchos tienden a sentirse incapaces, y se convencen de que no están haciendo lo suficiente. Es típico de los pastores la dificultad para delegar responsabilidades, con lo que terminan agotando sus propias fuerzas físicas y mentales.

Su relación con los dirigentes

Con frecuencia los pastores entran en conflicto con sus dirigentes: presidentes de campo, directores de departamentos, oficiales de iglesia. Muchos creen que de vez en cuando las autoridades eclesiológicas los tratan injustamente, lo que puede generar ira y resentimiento.

La ira del pastor se suele manifestar mediante la modalidad "pa-

siva-agresiva", a saber, evitar concurrir a las reuniones donde esté presente el dirigente de que se trata, no responder alguna comunicación telefónica, dejar a un lado la correspondencia oficial y, en general, reducir al mínimo sus contactos con las personas que trabajan en las oficinas de la iglesia.

Los pastores que asumen esta actitud de aislamiento también se alejan de sus colegas en el ministerio. Y entonces buscan al psicólogo para intentar resolver el paradójal tensión que se produce entre no querer que las autoridades denominacionales los incomoden y la frustración que les produce el que se los pase por alto, se los discrimine o no poder ejercer la más mínima influencia en las decisiones de la iglesia como consecuencia de su propia falta de integración.

Las finanzas

El dinero es un tema que mencionan con frecuencia los pastores, tanto durante la terapia como fuera de ella. Creen que sus sueldos son insuficientes, y les preocupa la jubilación. Muchas veces sus problemas financieros los impulsan —o sus esposas—, a dedicarse a actividades paralelas remuneradas. Eso sólo produce más cansancio, un estrés familiar acrecentado y, por lo general, aumenta la frustración.

Aunque el sueldo puede ser suficiente, algunos pastores, como mucha otra gente, dan evidencias de que no tienen la capacidad de administrarlo. En este caso necesitan aprender, con la ayuda de un contador, por ejemplo, a hacer un presupuesto que ponga orden en su caótica situación financiera.

El sexo

Como cualquier otro ser humano, el pastor enfrenta los proble-

mas relacionados con la sexualidad. Algunos luchan con la confusión que les provoca la orientación sexual que recibieron, con la culpa relacionada con su experiencia sexual del pasado, con las tentaciones actuales e, incluso, con las disfunciones sexuales con sus respectivas esposas. Otros fueron víctimas de abuso sexual en la infancia o la adolescencia, e inclusive algunos fueron disciplinados por problemas sexuales por la iglesia y tal vez hasta por las autoridades civi-

En términos prácticos diríamos que deben dedicar un día por semana al descanso, disfrutar cada año de sus vacaciones, dedicarle tiempo a la familia y a los amigos, hacer ejercicios físicos y distenderse, alimentarse bien y, en fin, adoptar un estilo de vida equilibrado.

les.

Tal como muchos otros profesionales de la actualidad, los pastores están percibiendo con más nitidez sus propios límites, y necesitan ejercer buen juicio y dominio propio cuando surge el tema de la sexualidad dentro de ellos mismos. Muchos confunden expresión sexual con deseo sexual, y han pagado un precio muy alto por este error.

Los pastores enseñan que la sexualidad humana es un maravilloso don de Dios, que se debe usar con amor y responsabilidad, dentro de un marco moral. Pero mientras creen en todas esas enseñanzas, algunos se sorprenden a sí mismos cuando hacen justamente lo opuesto de lo que saben que es lo correcto. Esa contradicción provoca traumas morales y psicológicos.

La ira

No es raro que el pastor pierda la necesaria habilidad para enfrentar la ira y la capacidad de desembarazarse de ella con éxito. Alg-

Como grupo, los pastores son muy generosos. Dan libremente de su tiempo, sus recursos y, por encima de todo, se dan a sí mismos. Son excepcionalmente hábiles para cuidar de los demás. Pero no cuidan de sí mismos. Por lo tanto, necesitan recordar que se deben cuidar a sí mismos mientras cuidan a los demás.

nos llegan a creer que la ira es siempre un pecado mortal que se debe confesar o reprimir. En ese caso no alcanzan a comprender que ese sentimiento puede ser un valioso instrumento para producir un cambio tanto en su ministerio como en su vida personal, o un medio de protección y preservación propias.

Para el ministro es difícil expresar su ira de acuerdo con un molde saludable y hasta positivo. Puesto que se considera que los pastores son pacificadores y ministros de reconciliación, para ellos darle expresión a la ira no sólo puede ser difícil, sino también una actitud capaz de generar sentimientos de culpa, aunque se refiera a algo justo y correcto.

Las relaciones de pareja

Cuando un pastor plantea el tema de las relaciones de pareja en la sesión de terapia, desea que se le muestren maneras mejores, más sanas y positivas de relacionarse con el otro sexo. Los ministros manifiestan el deseo de identificar las

relaciones que producen dependencia, que son inmaduras y hasta dañinas, algunas veces con el propósito de ponerles fin, abandonándolas de una vez por todas.

En el caso de que el pastor sea casado, como sucede mayormente, esto incluye generalmente el problema del divorcio. Encararlo, para muchos pastores, es como atravesar un campo minado, tanto desde el punto de vista profesional como desde la perspectiva de lo espiritual y lo emocional. Durante la terapia hemos tratado de analizar la posibilidad de que el matrimonio se salve, y de ayudar a la pareja, con la intención de devolverle la salud a esa averiada relación matrimonial.

Desórdenes emocionales

Los pastores no están inmunes a las enfermedades mentales, al alcoholismo y a otros problemas similares. Ni siquiera están libres de pensar en el suicidio y de intentar cometerlo.

Una fe religiosa madura y fortalecida siempre es un valioso aliado cuando aparecen los problemas, pero a veces hasta esa misma fe puede necesitar de auxilio. Y eso termina incluyendo no sólo la psicoterapia, sino también medicación especial e internación.

Mientras mayor sea la comprensión que manifieste la iglesia hacia los pastores implicados en

Tal vez la mayor necesidad de un ministro es poder hablar con alguien en quien pueda confiar, que sea capaz y que esté dispuesto a oírlo. Aunque el pastor pueda y deba buscar para conversar a sus colegas en el ministerio, existen los que necesitan hablar especialmente con un psicólogo por lo menos por dos razones: la primera, disponer de alguien fuera de su profesión que oiga objetivamente y dé soluciones, y la segunda, que todo eso se haga confidencialmente.

problemas de este tipo, mejor será el pronóstico de una restauración completa y la resurrección de un ministerio activo.

La falta de capacidad

Uno de los principales propósitos de la terapia es ayudar a los pacientes a descubrir o volver a descubrir el sentido de la capacidad personal, de manera que puedan comenzar a cambiar su propia vida imprimiéndole dirección a ciertos asuntos críticos y, si es necesario, hacer algo para probar una mayor integración y una integridad más completa.

Nuestro trabajo con los pastores se encamina en esa dirección. Muchas veces llegan con la sensación de que son incapaces. Están convencidos de que nada de lo que hacen tiene sentido en su vida personal o en su ministerio, y que carecen por completo de capacidad.

Parte de la terapia consiste, entonces, en ayudarlos a superar esa sensación de incapacidad, mostrándoles maneras por medio de las cuales pueden imprimirle sentido a sus vidas. Para algunos eso se consigue mediante un traslado a otro distrito o un cambio de actividades. Para otros, a través del restablecimiento de la autoridad ministerial y del liderazgo que perdieron, junto con lo cual perdieron también la conciencia de su

propia capacidad.

Algunas veces los pastores sienten que sus líderes o aquellos a quienes sirven los usan y se abusan de ellos. La terapia de capacitación los ayuda a entender que tienen los mismos derechos que cualquier persona y que deben defender su identidad y su sensación de dignidad personal hasta los mismos límites de la ética pastoral y evangélica.

Pastores de ellos mismos

Como grupo, los pastores son muy generosos. Dan libremente de su tiempo, sus recursos y, por encima de todo, se dan a sí mismos. Son excepcionalmente hábiles para cuidar de los demás. Pero no cuidan de sí mismos. Por lo tanto, necesitan recordar que se deben cuidar a sí mismos mientras cuidan a los demás.

En términos prácticos diríamos que deben dedicar un día por semana al descanso, disfrutar cada año de sus vacaciones, dedicarle tiempo a la familia y a los amigos, hacer ejercicios físicos y distenderse, alimentarse bien y, en fin, adoptar un estilo de vida equilibrado.

Ser pastor de sí mismo significa también cuidar sus necesidades espirituales y emocionales, dedicando tiempo cada día para orar, leer las Escrituras y otro material espiritual. Requiere la disposición de poner su ministerio en las manos de Dios con el fin de vencer la preocupación obsesiva y recibir la capacidad de administrar sus fallas y alcanzar el éxito.

Muchos pastores se someten a terapias porque quieren ser más sanos y sentirse bien consigo mismos. Después de todo, la buena terapia no es incompatible con la buena espiritualidad. ♦

El sábado en los evangelios

Samuele Bacchiocchi

Samuele Bacchiocchi es doctor en Filosofía y profesor de Teología e Historia de la Iglesia en la Universidad Andrews, Estados Unidos

El sábado sirvió en los tiempos del Antiguo Testamento como tipo de la futura redención mesiánica. El hecho de que haya una tipología de la redención en la observancia del sábado ha inducido a muchos cristianos a creer que ya no lo necesitamos guardar, ya que Cristo cumplió todo eso.

En este artículo vamos a examinar brevemente el tema del sábado en Lucas, Mateo y Marcos, para descubrir si el ministerio redentor de Cristo aparece en el Nuevo Testamento como una manera de ponerle fin, o en cambio como una forma de actualizar el sábado del Antiguo Testamento.

Lucas presenta a Cristo como alguien que tenía la costumbre de guardar el sábado ("conforme a su costumbre", Luc. 4:16) y que predicó su primer sermón en la sinagoga de Nazaret durante un sábado. En esa ocasión leyó y comentó un pasaje que se encuentra en Isaías 61:1 al 3, aunque también mencionó Isaías 58:6: "El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor" (Luc. 4:18, 19).

En este pasaje, Isaías emplea la imagen del sábado para describir la liberación que el Mesías le traería a su pueblo. Y Cristo usó el mismo pasaje para presentarse ante su pueblo como el cumplimiento de sus expectativas mesiánicas. Eso queda en claro en la breve explicación que dio a continuación: "Hoy se ha cumplido esta escritura delante de vosotros" (vers. 21). Este tema de la promesa y su cumplimiento se repite en todos los evangelios, inclusive en Lucas. (Luc. 24:44, 26, 27.) Pero, ¿dónde encontramos el sábado

aquí? Una mirada a las enseñanzas de Jesús acerca del sábado en su ministerio puede ayudarnos a contestar esta pregunta.

Las primeras curaciones en sábado

El anuncio de Cristo en Nazaret de que él era el Mesías tiene como secuencia, en el evangelio de Lucas, dos episodios relacionados con curaciones efectuadas en sábado. El primero ocurrió en la sinagoga de Capernaum, durante una reunión sabática, y resultó en la sanidad espiritual de un hombre poseído por el demonio. (Luc. 4:31-37; Mar. 1:21-28.)

La segunda curación se produjo inmediatamente después del culto celebrado en la casa de Simón, y resultó en la restauración física de la suegra de éste. (Luc. 4:38, 39; Mar. 1:29-31.) Como consecuencia de esta última curación, toda la familia se regocijó y rindió adoración: "Y levantándose ella al instante, les servía" (Luc. 4:39).

Asuntos tales como liberación, regocijo y adoración, que están presentes en forma embrionaria en esas primeras curaciones, se relacionan más explícitamente con el significado del sábado en el subsiguiente ministerio de

Cristo.

La curación de la mujer encorvada, relatada solamente por Lucas, aclara la relación que existe entre el sábado y el ministerio salvador de Cristo. En la breve narración (Luc. 13:10-17), el verbo *lúo*, traducido por lo general por “librar, desatar o soltar”, es usado tres veces por el Señor, lo que sugiere que no lo hizo por casualidad, sino en forma intencional.

La primera vez Cristo usó ese verbo cuando dijo: “Mujer, eres libre de tu enfermedad” (vers. 12). En otras dos ocasiones Cristo usó el verbo para responder a la indignación del dirigente de la sinagoga: “¡Hipócrita! —le dijo—, ¿no desatáis vosotros vuestro buey o vuestro asno del pesebre y lo lleváis a beber en sábado? Y a esta hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en sábado? (vers. 26, 16, RVR 1995).

Por medio de esta comparación Cristo demostró cómo se estaba distorsionando el tema del sábado. Se podía soltar legítimamente a un buey o un asno en sábado para que pudieran beber (posiblemente porque si pasaban un día entero sin beber perderían peso y consiguientemente disminuiría su precio en el mercado), pero no se podía librar en sábado de algunas de sus enfermedades

físicas y espirituales a una mujer que sufría.

Cristo obró deliberadamente en contra de las ideas preconcebidas de sus oponentes, con el propósito de devolverle al sábado el propósito establecido por Dios en el principio. Se debe notar que en ésta, como en otras curaciones realizadas en sábado, no estaba poniendo en tela de juicio la validez del mandamiento relativo al sábado, sino que estaba discutiendo su verdadero significado, que había sido oscurecido por la multitud de tradiciones e innumerables restricciones de los judíos.

La redención en el sábado

La imagen de librar a una víctima del cautiverio de Satanás durante el transcurso del sábado (Luc. 13:13) nos lleva de nuevo al anuncio de Cristo relativo a su misión de “pregonar libertad a los cautivos” (Luc. 4:18). ¿No será que el acto realizado por Jesús de librar en sábado de sus problemas físicos y espirituales a una hija de Abraham es un buen ejemplo de cómo se estaba cumpliendo la liberación mesiánica? (vers. 21).

La relación que existe entre el sábado y la liberación del pecado la reconoce, por ejemplo, Paul K. Jewett, quien afirmó acertadamente: “En las curaciones efec-

tuadas por Jesús durante el sábado no tenemos sólo actos de amor, compasión y misericordia, sino verdaderos actos sabáticos, hechos que demuestran que la redención mesiánica sabática —el cumplimiento del reposo sabático del Antiguo Testamento—, se estaba introduciendo en el mundo. Por lo tanto, de entre todos los días, el sábado es el más apropiado para llevar a cabo actos de curación”.¹

Sanar a gente como la mujer encorvada no es sólo un acto de amor y compasión, sino verdaderos “actos sabáticos” que revelan cómo la redención llevada a cabo por el Mesías, tipificada y prometida por medio del sábado, se cumplió totalmente a través del ministerio salvador de Jesucristo. Al sanar cuerpos y espíritus en sábado, Cristo le estaba confirmando al día un significado que nos recuerda el éxodo del espíritu, que sale de las cadenas de Satanás para dirigirse a la libertad del Salvador.

El sábado y el reposo

Mateo reúne a propósito dos episodios sabáticos (12:1-14) con el gran ofrecimiento de reposo de Cristo que aparece en Mateo 11:28 al 30: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga”.

Para comprender la naturaleza del reposo ofrecido por el Salvador es necesario recordar una vez más que el reposo sabático en los tiempos del Antiguo Testamento servía para nutrir la esperanza de la redención por medio del Mesías. Se esperaba la era

El significado redentor del sábado se refleja en la manera de guardarlo. Los diversos pasajes que aparecen en los evangelios ponen de manifiesto que existía cierta controversia con respecto a la observancia del sábado entre los seguidores de Cristo y las sinagogas judías, que en algunos casos estaban totalmente enfrentados.

mesiánica como “un verdadero sábado y reposo para la vida eterna”.² A la luz de esa interpretación, al ofrecer su reposo, Cristo se reveló como el Mesías que había venido a traer la paz y el descanso tipificados por el sábado.³

La relación que existe entre el reposo ofrecido por Cristo y el sábado también la percibió Mateo al ubicar este pasaje (11:28-30) inmediatamente antes de los sucesos acaecidos en sábado que se relatan en Mateo 12:1 al 14. El ofrecimiento de reposo hecho por Jesús y los acontecimientos ocurridos en el sábado no están relacionados sólo estructuralmente sino temporalmente también por medio de la frase: “En aquel tiempo” (12:1), lo que algunos estudiosos han notado también.⁴ El tiempo mencionado es el sábado, durante el cual Jesús y los discípulos entraron en el campo.

La relación teológica entre el reposo ofrecido por el Salvador y el sábado se aclara cuando se analizan los dos acontecimientos. El primero se refiere a los discípulos que recogían espigas en sábado (vers. 1-8), e interpreta el reposo ofrecido por Jesús como redención. Eso se aclara más aún cuando Cristo evoca el ejemplo de los sacerdotes, que trabajaban intensamente durante el sábado en el templo “y son sin culpa” (vers. 5).

Los sacerdotes no eran culpables, aunque en el sábado ofrecían mayor cantidad de sacrificios y holocaustos que los demás días. (Núm. 28:8, 9.) No eran culpables, como consecuencia de la naturaleza redentora del servicio que llevaban a cabo durante el sábado. Cristo consideró esa obra redentora —realizada como símbolo por los sacerdotes—, como suficiente para justificar su minis-

terio en sábado, por el hecho de que él se consideraba a sí mismo como “mayor que el templo” (Mat. 12:6). La redención ofrecida simbólicamente por medio de las ceremonias y los sacrificios del templo,⁵ se cumplía ahora por medio de la misión salvadora del Hijo del hombre, el Mesías.⁶ Por lo tanto, así como los sacerdotes no tenían culpa al trabajar los sábados en el templo, lo mismo sucedía con los discípulos de Jesús que estaban sirviendo a Alguien que era mayor que el templo.⁷

El segundo episodio, la curación del hombre con la mano seca (vers. 9-14), destaca una cura mesiánica y la restauración tipificadas por el sábado. De acuerdo con Donald A. Carson, la curación de ese hombre “presenta a Jesús como si estuviera realizando una curación mesiánica en ese día. ¿No es ése uno de los principales temas de Mateo? El descanso real y verdadero, al cual el sábado siempre señalaba, se estaba cumpliendo entonces”.⁸

De esa manera se ve como si Cristo estuviera actualizando en Mateo el reposo sabático del Antiguo Testamento, y ofreciendo al mismo tiempo a sus seguidores el reposo mesiánico. Los dos acontecimientos mencionados por Mateo le dan al descanso sabático el significado de la redención y la restauración mesiánicas. Cuando se los examina dentro de su contexto, no invalidan el sábado sino que lo revitalizan y lo renuevan gracias a la influencia del Mesías.

Vale la pena tomar nota de que los siete milagros de curación llevados a cabo por Cristo en sábado, relatados por los evangelios, tuvieron como sujetos a gente que padecía de enfermedades crónicas. Esos actos intencionales de curación en favor de personas

que padecían enfermedades incurables, sirven para demostrar de qué manera cumplió Jesús las esperanzas mesiánicas contenidas en la observancia del sábado.

Cómo guardar el sábado

El significado redentor del sábado se refleja en la manera de guardarlo. Los diversos pasajes que aparecen en los evangelios ponen de manifiesto que existía cierta controversia con respecto a la observancia del sábado entre los seguidores de Cristo y las sinagogas judías, que en algunos casos estaban totalmente enfrentados.

El conflicto tenía que ver básicamente con la manera de guardar el sábado. ¿Se lo debería hacer como “sacrificio”, es decir, como una demostración externa del cumplimiento de la ley del sábado? O, ¿se lo debería guardar como “misericordia”, es a saber, como una oportunidad para manifestar compasión y hacerle el bien a quien lo necesitara? (Mat. 12:7).

Para defender el nuevo enfoque cristiano de la observancia del sábado como un día para celebrar la redención mesiánica, manifestando misericordia y haciéndole el bien a los necesitados, los autores de los evangelios invocan el ejemplo y la enseñanza de Jesús. Por ejemplo, en el caso de la mujer encorvada, Lucas estableció un contraste entre dos diferentes maneras de guardar el sábado: la del dirigente de la sinagoga y la de Cristo. Para el dirigente, la observancia del sábado consistía en una serie de reglas que se debían observar, y en su concepto no cabía la gente que se debía amar. (Luc. 13:14.) Para Cristo el sábado era un día cuando se podía llevar libertad física y espiritual a los necesitados (vers.

12-16).

Esta interpretación humanitaria del sábado se manifiesta también en el caso de la curación del hombre de la mano seca, que aparece en los tres evangelios sinópticos. (Mar. 3:1-6; Mat. 12:9-14; Luc. 6:6-11.) En esa oportunidad Jesús respondía una pregunta formulada por los fariseos acerca de si eran lícitas o no las curaciones llevadas a cabo en sábado. En su respuesta el Señor planteó una cuestión de principios: "En sábado, ¿es lícito hacer bien o hacer mal?, ¿salvar la vida o quitarla?" (Mar. 3:4; Luc. 6:9, RVR 1995).

Es interesante notar que tanto en Marcos como en Lucas se podría haber usado el verbo sanar en lugar de "hacer el bien" o "salvar". Jesús evitó ese verbo porque quería ubicar dentro de la intención de la ley del sábado no sólo las curaciones, sino todo acto de bondad.

La nueva comprensión cristiana del sábado se puede percibir también en un antiguo documento conocido como *Epístola a Diogneto* (de entre el 130 y el 200 d.C.), en el cual se acusa a los judíos de calumniar a Dios porque decían: " 'Él (Dios) nos ha prohibido hacer el bien durante el sábado'. ¿No es impiedad esto, acaso?'"⁷

Conclusión

La idea de que la observancia del sábado tiene una faceta humanitaria se funda en el cumplimiento, por medio de Cristo, de su tipología relativa a la redención, que vemos expresada de diversa maneras en los evangelios. Por el hecho de que los creyentes del Nuevo Testamento percibieron que el descanso y la redención tipificados por el sábado del Antiguo Testamento se habían cumplido mediante la misión re-

dentora de Cristo, pudieron considerar ese día como una ocasión para recordar y celebrar tanto el reposo como la redención mesiánicas, al manifestar misericordia hacia el prójimo y al hacerle el bien a los necesitados. Por lo tanto, en el contexto actual, se invita a los cristianos por medio del descanso sabático a celebrar no solamente la Creación sino también la Redención, al obrar misericordiosamente en favor de la gente en general. ♦

Referencias

- ¹ Paul K. Jewett, *The Lord's Day: A Theological Guide to the Christian Day of Worship* [El día del Señor: una guía teológica para conducirnos al día cristiano de adoración] (Grand Rapids, William B. Eerdmans, Ed., 1972), p. 42.
- ² Pirke del Rabí Eliezer, traducido al inglés por Gerald Friedlander (Nueva York, B. Bloom, 1971), p. 141.
- ³ Un análisis más completo acerca del contexto literario y de la naturaleza sabática del reposo de Cristo se puede ver en mi trabajo "Matthew 11: 28-30. Rest and the Sabbath" [Mateo 11:28-30. El reposo y el sábado], *Andrews University Seminary Studies*, 22 [Estudios del seminario de la Universidad Andrews, 22] Auburn 1984, pp. 289-316.
- ⁴ Véase, por ejemplo, J. Daniélou, *The Bible and the Liturgy* [La Biblia y la liturgia] (South Bend: Imprenta de la Universidad de Nothre Dame, 1956), p. 228; Daniel Hill, *The Gospel of Matthew* [El evangelio de Mateo] (Londres, Imprenta Oliphant, 1972), pp. 208, 210; D. A. Carson, Ed., "Jesus and the Sabbath and the Four Gospels" [Jesús y el sábado y los cuatro evangelios] en: *From Sabbath to Lord's Day: A Biblical, Historical and Theological Investigation* [Una investigación bíblica, histórica y teológica] (Grand Rapids, Casa Editora Zondervan, 1982), p. 66.
- ⁵ El libro de los jubileos explica que "quemar incienso y traer ofrendas y sacrificios delante del Señor nuestro Dios... se llevará a cabo en los días sábados en el santuario del Señor nuestro Dios, para que puedan hacer expiación con sacrificios en favor de Israel" (50:10, 11).
- ⁶ Este concepto cuenta con el apoyo de varios eruditos. Gerhard Barth, por ejemplo, comenta que por medio de la frase " 'uno mayor que el templo está aquí...' Jesús está queriendo decir indudablemente que por medio de él se consume y se cumple el ministerio mesiánico, y que por lo tanto, él es mayor que el templo" (*Tradition and Interpretation in Matthew* [Tradición e interpretación en Mateo] (Filadelfia, Imprenta Westminster, 1963), p. 82.

⁷ Elena de White anotó con mucha percepción lo siguiente: "Ellos (los sacerdotes) cumplían los ritos que señalaban el poder redentor de Cristo, y su labor estaba en armonía con el objeto del sábado. Pero ahora, Cristo mismo había venido. Los discípulos, al hacer la obra de Cristo, estaban sirviendo a Dios y era correcto hacer en sábado lo que era necesario para el cumplimiento de esta obra" (Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, Mountain View, California, 1955, p. 252).

⁸ Carson, p. 75.

⁹ Epistle to Diognetus, 4, 3, in *The Anti-Nicene Fathers* [Epístola a Diogneto, 4, 3, en Los padres antenícenos] (Grand Rapids, William B. Eerdmans, Ed., 1973, reimpresión), t. 1, p. 26.

La separación de la Iglesia del Estado

Barry Hankins

Barry Hankins es director asociado del Instituto J. M. Dawson de Estudios acerca de la relación entre las iglesias y el Estado, de la Universidad Baylor, Waco, Texas, Estados Unidos.

*(Estados Unidos ha sido sin duda el país donde el principio de separación de la Iglesia del Estado —sería mejor decir de las iglesias y el Estado— se ha practicado por más tiempo y con excelentes resultados. Pero las cosas están cambiando y rápidamente. Por eso hemos creído oportuno proporcionar a los lectores de **Ministerio** una vislumbre de lo que está sucediendo, tanto para informarnos, lo que siempre es bueno, como para verificar cuán cerca nos encontramos de los acontecimientos del fin. Deseamos de todo corazón que el contenido de este artículo sea no sólo de interés para nuestros lectores, sino que los ayude a prepararse mejor para la venida del Señor. Con amor cristiano.—La redacción).*

Durante la marcha de la Coalición Cristiana (una alianza política religiosa de católicos y evangélicos que forma parte del Partido Republicano) rumbo a lo que llamaron la Conferencia de la Victoria, durante la última campaña presidencial, la activista evangélica Star Parker introdujo sus declaraciones con la siguiente afirmación: “Cualquiera que crea en la separación de la Iglesia y el Estado puede abandonar este recinto ahora mismo”.¹

Se ha descrito a Star Parker como una madre convertida y dedicada a la asistencia social, que se ha tornado en una oradora fogosa en favor de las causas políticas de los cristianos de tendencia conservadora. Si tomamos en cuenta el hecho de que es nueva en las lides políticas, tal vez podríamos perdonarle su desconocimiento de la historia de la separación de la Iglesia y el Estado, y el valor que esto tiene para la protección de la libertad de todos los grupos religiosos, incluidos los de la Derecha Cristiana.

Pero, ¿cómo podría alguien explicar la participación del Reverendo Richard John Neuhaus en la misma reunión con Parker? Neuhaus es un sacerdote católico muy inteligente y con muchos tí-

tulos académicos, autor de varios libros importantes y director de *First Things* [Las primeras cosas], un periódico que ofrece importantes comentarios culturales. Ciertamente él no puede despreciar la separación de la Iglesia del Estado en la misma forma como lo hace Parker. Tal vez no, ya que a él se lo citó diciendo solamente que la separación de la Iglesia del Estado había sido “grotescamente distorsionada”. Por más discutible que sea este comentario, es muy diferente del abierto rechazo del principio de la separación de la Iglesia y el Estado que pregonan muchos activistas políticos cristianos en estos días.²

Si bien es cierto que siempre ha habido individuos y grupos que han rechazado el concepto de la separación de la Iglesia y el Estado, la forma como se ha difundido esta idea es un fenómeno nuevo. Tan recientemente como en la década de 1980, Jerry Falwell insistió muchas veces en que él creía en la separación de la Iglesia y el Estado.³ Tal afirmación era necesaria para que él y su Mayoría Moral pudieran participar en la política norteamericana. Es verdad, sus críticos pueden cuestionar su comprensión de los temas relativos a la Iglesia y el

Estado, ya que sus opiniones eran tan diferentes de las de ellos; pero no importa qué haya querido decir él con la frase “separación de la Iglesia y el Estado”, evidentemente se sintió obligado a usarla.

La situación de Falwell era similar a la de los políticos izquierdistas de las décadas de 1950 y 1960, cuando descubrieron que era necesario declarar que ellos realmente eran buenos demócratas y no comunistas. En otras palabras, en la opinión de Falwell el concepto de la separación de la Iglesia y el Estado era tan semejante a esos elementos típicamente norteamericanos como la *mamy*, el béisbol y la torta de limón, que incluso los que procuraban cambios sustanciales en las leyes que regulan las relaciones entre la Iglesia y el Estado decidían declarar su apoyo a esa idea.

Como lo ilustra esa reunión de la Coalición Cristiana, hemos avanzado bastante desde 1980. Ahora muchos activistas cristianos del ala conservadora, tanto protestantes como católicos, rechazan sin ambages la idea de la separación de la Iglesia y el Estado, y a menudo mediante el uso de un lenguaje contundente. W.

Si bien es cierto que siempre ha habido individuos y grupos que han rechazado el concepto de la separación de la Iglesia y el Estado, la forma como se ha difundido esta idea es un fenómeno nuevo.

A. Criswell, que por mucho tiempo fue pastor de la Primera Iglesia Bautista de Dallas, puede haber sido uno de los primeros en patrocinar este cambio pro anti separación. A mediados de la década de 1980 dijo en las noticias de la cadena de radio y televisión conocida como Columbia Broadcasting System: “Creo que este concepto de la separación de la Iglesia y el Estado tiene que haber sido el fruto de la imaginación de algún infiel”.⁴

Pat Robertson ha ido incluso más lejos al declarar repetidas veces, a partir de 1980, que en vista de que las palabras “separación de la Iglesia y el Estado” no figuran en la Constitución de los Estados Unidos, pero sí en la de la Unión Soviética, la separación de la Iglesia y el Estado es obviamente una idea atea y comunista.⁵

Al revés, después del colapso de la URSS, el pastor D. James Kennedy, presbiteriano y representante de la Derecha Cristiana, declaró que en Rusia prevalecía una libertad religiosa total, mientras los Estados Unidos la había perdido. Atribuyó esta perceptible decadencia de la libertad religiosa a la separación de la Iglesia y el Estado, oponiéndose de esta manera el histórico argumento de que la libertad religiosa y la separación de la Iglesia y el Estado dependen la una de la otra.⁶

Los observadores atentos de este fenómeno sabrán que probablemente el más prolífico y eficaz proponente de la “oposición a la separación” es David Barton, el ex profesor de Matemáticas y director de colegios secundarios que fundó la organización conocida como “Los Constructores de Muros”, con sede en Aledo, Texas. Barton recorre el país con un equipo para proyectar diapositi-

vas de ultimísima generación tecnológica con el fin de tratar de probar que los fundadores del país querían establecer una nación que le diera preferencia al cristianismo. Escribió un libro con el muy adecuado título de *The Myth of Separation* [El mito de la separación]. En todos sus libros, casetes y discursos, Barton se apoya bastante en citas seleccionadas de los fundadores del país. Hace poco Robert Alley, profesor emérito de la Universidad Richmond y experto en James Madison (uno de los fundadores de la nación), cuestionó una cita de Barton atribuida a Madison. Cuando el estudio llevado a cabo por Alley demostró que Madison con toda probabilidad nunca hizo esa declaración, Barton se retractó. En una maniobra notable, Barton también publicó una retractación referente a otras once citas; dijo que diez eran discutibles y dos, incluso la cita de Madison, eran falsas.⁷ Pero el impacto no parece haberle hecho mucho daño al barco de guerra de Barton.

La última señal de la difusión del rechazo del concepto de separación de la Iglesia y el Estado, o a lo menos del proverbial “muro de separación”, apareció en la decisión de la Corte Suprema de 1985, en cuanto al juicio entre Wallace y Jaffree. Con el voto de la mayoría se revocó el dictamen denominado “Un Momento de Silencio” del tribunal de Alabama con respecto a las escuelas públicas. En relación con esto, el juez William Rehnquist escribió lo siguiente en disidencia: “El ‘muro de separación entre la Iglesia y el Estado’ es una metáfora que se basa en una interpretación errónea de la historia, una metáfora que ha resultado inútil para determinar un juicio. Se la debe-

ría abandonar franca y explícitamente".⁸ Siendo que Rehnquist es actualmente el presidente de la Corte Suprema, los que rechazan el tema de la separación ciertamente tienen un aliado en alguien que ocupa uno de los cargos más elevados del sistema político norteamericano.

Todos estos personeros, y muchos otros también, tienen en común el hecho de que abrigan una profunda desconfianza al principio de la separación de la Iglesia y el Estado. Se está desarrollando una creencia muy generalizada en el sentido de que el tema de la separación está bien para los que se sienten cómodos con el liberalismo secularizado. Los que se inclinan hacia esta posición aparentemente creen que la gente de fe debería procurar otro arreglo constitucional. Esta sospecha es comprensible hasta cierto punto puesto que la separación de la Iglesia y el Estado a menudo se encuentra en el discurso, la defensa y el lenguaje individualista del iluminismo secularizado. (La idea fundamental del iluminismo es que la razón, bien dirigida, puede conducir a la verdad y promover la felicidad del ser humano. Tuvo en su momento mucho auge en el norte de Europa y en América del Norte. El equivalente "latino" de este movimiento podría ser el racionalismo de Descartes, que le da la primacía absoluta a la razón humana.

—Nota de la Redacción.) Todos los argumentos relativos a los derechos individuales que se exponen en los Estados Unidos, tal como los presenta la izquierda, generalmente comienzan con referencias a la autonomía del individuo y los derechos de la conciencia.

Durante la mayor parte de la historia de los Estados Unidos,

Durante la mayor parte de la historia de los Estados Unidos, los evangélicos de origen anabaptista, de los movimientos de santidad y hasta del calvinismo, han aceptado una alianza tácita y limitada con el iluminismo, especialmente en el tema de la libertad religiosa. Pero últimamente el costo de esta alianza parece ser demasiado elevado.

los evangélicos de origen anabaptista; de los movimientos de santidad y hasta del calvinismo, han aceptado una alianza tácita y limitada con el iluminismo, especialmente en el tema de la libertad religiosa. Pero últimamente el costo de esta alianza parece ser demasiado elevado. Para muchos evangélicos y católicos conservadores, la frase "derechos individuales" se aplicaría ahora a un individualismo excesivo, según el cual la gente estaría libre de toda restricción y podría creer lo que quisiera y hacer lo que le diera la gana, siempre y cuando no perjudicara a nadie. Para muchos creyentes tradicionalistas, "humanismo secular" o simplemente "liberal" se usan como expresiones peyorativas en el marco de su concepto del mundo. La creencia resultante de todo esto es que el concepto de separación de la Iglesia y el Estado es sólo para los liberales.

La separación de la Iglesia y el Estado no necesita ser definida de esa manera, sin embargo. La expresión relativa al tema por parte del iluminismo secularizado no fue ni la primera ni la única manera de defender el tema de la separación, y existen muchas dudas acerca de si es la mejor defensa del caso, especialmente para los cristianos.

A continuación damos dos breves ejemplos de defensas cristianas del principio de separación

de la Iglesia y el Estado. Ninguna de ellas se originó en la idea de los derechos individuales. Más bien giran en torno del concepto de que Dios fundó la Iglesia y creó el Estado para que ejercieran funciones diferentes.

Al llegar a este punto descubrimos que la mayor parte de los argumentos cristianos acerca de la separación se remontan a Roger Williams. Puesto que vivió antes del iluminismo del siglo XVIII, obviamente no pudo haber sido objeto de la influencia de ese movimiento. Pero en lugar de descansar solamente en este conocido y digno abogado de la libertad religiosa, más bien deberíamos analizar el pensamiento de John Locke, el personaje más íntimamente relacionado con el iluminismo. Se lo considera a menudo como "el padre del iluminismo", o "el apóstol de la razón", pero últimamente los eruditos están volviendo a poner énfasis en la faceta religiosa del pensamiento de Locke, que aparentemente se dejó de lado, si no se la olvidó. El filósofo evangélico Walter Wolterstorff lo dice de este modo: "Nuestra forma común de tratar a los filósofos europeos de los siglos XVII y XVIII, como si se tratara de gente secularizada, les da una muy mala imagen".⁹ Cualesquiera hayan sido las influencias del pensamiento de Locke sobre el desarrollo de las formas secularizadas del pensamiento, y

ciertamente las hubo, no se pueden separar de su profundo compromiso con la fe cristiana que, como lo expresa el erudito Samuel Pearson, “reposaba sobre la revelación histórica”.¹⁰ Hasta John Wesley recomendó que se estudiara a Locke, lo que indica que tenía un alto grado de confianza en la ortodoxia teológica del filósofo y su dedicación al cristianismo.¹¹

Lo que nos interesa aquí son los argumentos de Locke acerca de la tolerancia religiosa y la separación de la Iglesia y el Estado, que aparecen en su famosa *Letter Concerning Toleration* [Carta acerca de la tolerancia]. Si bien es cierto que él apela a la razón en su breve panfleto, no se explaya exclusiva ni siquiera prioritariamente en los derechos individuales. Más bien analiza las instituciones, alegando que la Biblia no le confiere el poder de la espada a la Iglesia, ni el poder sobre la fe religiosa al Estado.

Locke se refiere a una situación que supuestamente se habría producido en el Imperio Otomano, donde habría dos iglesias, una calvinista y la otra arminiana, y ambas sostenían que tenían la verdad. ¿Cuál de las dos debería tener la autoridad de imponer su teología y negar la de la otra? Alguien podría decir: “La ortodoxa”

Se reconoce ampliamente que las iglesias de Europa que obtuvieron por tanto tiempo el apoyo del Estado, han tenido un rendimiento muy exiguo durante los últimos siglos.

(la que tiene la doctrina correcta), pero eso no resultaría —sostiene Locke— porque las dos iglesias se consideran ortodoxas. ¿Debería decidir el Estado qué iglesia tiene la razón? Obviamente esto sería imposible, puesto que el gobernante otomano es musulmán, y por lo tanto “infiel”, según se decía en tiempos de Locke. ¿Cómo podría un musulmán ser lo suficientemente competente como para evaluar una teología cristiana? Pero sería lo mismo si el gobernante fuera cristiano —argumentaba Locke— porque los gobiernos siempre son incompetentes para juzgar la religión. Dios no les dio esa prerrogativa, y no poseen ni el conocimiento ni la experiencia suficientes. Un gobernante puede ser cristiano, pero como funcionario del Estado él o ella no han recibido de Dios la facultad de controlar la fe.¹²

Locke incluso dio vuelta su argumento. No sólo no tiene autoridad el Estado para dirimir disputas teológicas; las iglesias tampoco reciben más poder del que ya tienen al aliarse con el gobierno. La autoridad de la iglesia proviene de Dios, y el Estado no la puede aumentar. El hecho de que el gobernante sea cristiano o no, no cambia nada. El gobernante sencillamente carece del poder dado por Dios para otorgarle autoridad a la Iglesia. En este sentido, según lo señala Locke, las iglesias tienden a ser tolerantes hasta que logran disponer del poder de gobernar; entonces “la paz y la caridad” se ponen a un lado y la Iglesia tiende a dedicarse a actividades no cristianas.¹³ Aunque Locke no lo dice con todas sus letras, la implicación es que cuando la Iglesia procura el apoyo del Estado, ya sea desde el punto de vista financiero o de cualquiera otra ma-

nera, recurre a una fuente ilegítima de autoridad, y por eso mismo se causa un daño espiritual a sí misma. Para Locke todo el asunto de la Iglesia y el Estado era por un lado un problema teológico que tiene que ver con el orden creado por Dios para las instituciones terrenales, como lo era por el otro con respecto al derecho del individuo a disponer de su libertad para obrar según su parecer. Dios había creado el Estado para hacer ciertas cosas, y las iglesias para hacer otras. “Él mezcla el Cielo con la Tierra —escribió Locke—, y combina esas dos sociedades”.¹⁴

Se reconoce ampliamente que las iglesias de Europa que obtuvieron por tanto tiempo el apoyo del Estado, han tenido un rendimiento muy exiguo durante los últimos siglos. La asistencia a las iglesias es sumamente baja si se la compara con la de los Estados Unidos, y hay un sentimiento sumamente difundido de que las iglesias forman parte del grupo de los privilegiados, y que no tienen nada que ofrecerle a la gente común. En otras palabras, la misma clase de sentimiento anti gobierno que suelen abrigar los norteamericanos, lo proyectan los europeos a la vez contra el gobierno y contra las iglesias establecidas.

Además de este argumento histórico y cultural, los cristianos podrían considerar otra posibilidad. Supongamos que las iglesias de Europa también han sufrido porque al descansar en el poder del Estado han perdido en buena medida el poder del Espíritu Santo. Por supuesto, esto nunca se podría documentar en forma concluyente mediante los métodos normales de la investigación histórica, e incluso esta sugerencia aquí sólo como algo digno de

consideración. No obstante, el argumento parece ser a lo menos razonable. Además, dada la preocupación de Locke de que la Iglesia y el Estado descansan sobre preceptos bíblicos, significaría que no estamos exagerando cuando sugerimos que las iglesias no pueden ser dotadas de poder por los gobiernos. Si el Estado pudiera aumentar la autoridad y el poder de las iglesias, las iglesias europeas serían autoritarias y poderosas en la actualidad. En realidad, no lo son en absoluto.

Alguien podría decir que a Locke ciertamente no se lo consideraría evangélico en la actualidad; recordemos que fue ambivalente con respecto a la doctrina de la Trinidad, e insistió demasiado en que la religión debía ser razonable. Pero más importante para el tema que estamos tratando es su preocupación porque las iglesias y los estados cumplieran con lo que Dios esperaba que hicieran, y ésta es una opinión que los creyentes tradicionalistas de nuestro siglo pueden aceptar.

Alguien en particular que ha compartido con Locke su preocupación acerca de la Iglesia es el evangélico J. Gresham Machen. Ha sido el defensor más erudito de la ortodoxia protestante conservadora, en el lado fundamentalista del conflicto entablado entre los fundamentalistas por un lado y los modernistas por el otro dentro de las instituciones religiosas de los Estados Unidos durante los primeros 25 años del siglo XX. Como consecuencia de su posición conservadora, tuvo que salir del Seminario de Princeton, después de lo cual fundó el seminario Westminster en Filadelfia, y con el tiempo la Iglesia Presbiteriana Ortodoxa. Ambas instituciones figuran hoy como peque-

En medio de la controversia entablada entre los fundamentalistas y los modernistas se encuentra la cuestión de la relación de la iglesia con la sociedad. Los liberales (que en aquel entonces se conocían como modernistas) creían que la iglesia debería ser lo suficientemente amplia como para abarcar todos los aspectos de la sociedad. Cuando cambiaron las corrientes intelectuales como resultado de la evolución del pensamiento y la crítica bíblica moderna, intentaron ajustar la teología protestante con el fin de que siguiera siendo importante para la sociedad.

ños pero importantes baluartes del evangelismo confesional conservador.

En medio de la controversia entablada entre los fundamentalistas y los modernistas se encuentra la cuestión de la relación de la iglesia con la sociedad. Los liberales (que en aquel entonces se conocían como modernistas) creían que la iglesia debería ser lo suficientemente amplia como para abarcar todos los aspectos de la sociedad. Cuando cambiaron las corrientes intelectuales como resultado de la evolución del pensamiento y la crítica bíblica moderna, intentaron ajustar la teología protestante con el fin de que siguiera siendo importante para la sociedad. Querían que continuara esa suerte de dominio cultural protestante que había sido la norma durante el siglo XIX, y para lograrlo concibieron el cristianismo como una religión inclusiva. Machen le salió al cruce a esta idea en 1923 con su famosa obra *Christianity and Libera-*

lism [Cristianismo y liberalismo], en la cual argumentaba que los liberales ajustaron demasiado el cristianismo, al punto de que en esencia habrían creado otra religión. Tan impresionante fue esta obra que algunos comunicadores seculares, como H. L. Mencken y Walter Lippmann escribieron para decir que Machen tenía razón.¹⁵

Machen creía que el cristianismo no era ni estrecho ni exclusivo, que tenía ciertas enseñanzas especiales que se deberían defender. Le preocupaba mucho que la Iglesia Presbiteriana conservara su integridad histórica al mantenerse leal a la Biblia y a los credos sobre los cuales se funda. La misión de la Iglesia no es abarcar toda la sociedad, sino defender la ortodoxia cristiana y conducir a la gente a que tenga una correcta relación con Dios. Para lograrlo debe estar tan libre de influencias culturales como sea posible, y aquí aparecen las opiniones de Machen con respecto a la Iglesia

y el Estado. Aunque fundamentalista por derecho propio, Machen se oponía a las oraciones, la lectura de la Biblia y la formación del carácter en las escuelas públicas, y no se opuso a la enseñanza de la teoría de la evolución. Los intentos de moralizar y cristianizar el orden social, según Machen, requerían de los creyentes asignarle el común denominador más bajo posible a la religión. Para decirlo con sencillez, no estaba interesado en los denominadores comunes más bajos; en lugar de eso trataba de defender los principios de la fe cristiana que hacían de ella algo especial. Sabía que en la medida en que los cristianos unieran sus esfuerzos para abarcar toda la sociedad, incluso en el intento de cristianizarla, lo más probable es que debilitaran su fe. Como lo dice el autor de la biografía de Machen, Darrel Hart: "La mezcla de intereses públicos y religiosos era objetable para Machen, no sólo porque amenazaba la libre práctica de la religión, sino porque corrompía su mismísima fe".¹⁶

Si bien es cierto que resulta notable que un fundamentalista como Machen apoye la separación de la Iglesia y el Estado, más sorprendente es aún que lo haya hecho siendo un calvinista ortodoxo comprometido con la Confesión de Westminster. Al Juan Calvino de la creencia popular y de todos los libros de historia se lo recuerda por sus intentos de fusionar la Iglesia y el Estado en la ciudad de Ginebra, y por haber sentenciado a la hoguera al archi hereje Miguel de Servet. Aunque carente de matices y sutilezas, esta caricatura del reformador a lo menos pone de manifiesto que Calvino no era partidario de la separación de la Iglesia y el Estado. Sin embargo, creía firmemente en

Si bien es cierto que resulta notable que un fundamentalista como Machen apoye la separación de la Iglesia y el Estado, más sorprendente es aún que lo haya hecho siendo un calvinista ortodoxo comprometido con la Confesión de Westminster. Al Juan Calvino de la creencia popular y de todos los libros de historia se lo recuerda por sus intentos de fusionar la Iglesia y el Estado en la ciudad de Ginebra, y por haber sentenciado a la hoguera al archi hereje Miguel de Servet.

la independencia de la Iglesia. En Ginebra la Iglesia ejercía una tremenda influencia sobre el Estado, pero éste no podía interferir para nada en la obra de la Iglesia. Calvino insistió en esto, y libró una batalla de diez años contra un partido opositor que quería que el Estado dispusiera de la autoridad necesaria con el fin de exigirle a las iglesias que excomulgaran a los herejes.

Lo que Machen aparentemente reconoció es cuánto ha cambiado la situación cultural desde los días de Calvino. Cuando prácticamente todo el mundo en Ginebra era un protestante calvinista, la Iglesia podía abarcar la sociedad sin perder su carácter calvinista. Cuando el escenario se trasladó a un país pluralista como los Estados Unidos en el siglo XX, la Iglesia tendría que ensancharse demasiado para abarcar toda la sociedad. Machen reconoció que para conservar la autonomía y la integridad de la Iglesia se deberían frenar los esfuerzos para cristianizar el conjunto de la sociedad. Se sentía cómodo con el pluralismo, porque le permitía a la Iglesia ocupar su propio lugar en la sociedad. Al ser sólo una institución más en una cultura pluralista, es-

taba libre de la responsabilidad de hablar en nombre de muchos, y podía en cambio concentrarse en ser la voz pura y profética del único y verdadero Dios. Un protestantismo lo suficientemente amplio como para contener la gran mayoría de los ciudadanos le exigiría a la Iglesia dejar a un lado su naturaleza exclusiva y su singular vocación.

Aunque Machen fue el erudito más importante de los evangélicos en su momento, su posición parece haberse perdido para muchos de los herederos del fundamentalismo primitivo en las postimerías del siglo XX. En la estela de la Derecha Religiosa de la década de 1980, y de la Derecha Cristiana de 1990, muchos a menudo, y en forma natural, han relacionado la política practicada por los evangélicos con el deseo de que haya oraciones y lecturas bíblicas en las escuelas públicas, que el Estado subvencione las escuelas religiosas privadas y que haya muchas otras formas de apoyo del gobierno a la religión. El deseo de que el Estado satisfaga a las iglesias de esta manera sin duda requerirá de éstas que a su vez se acomoden a la cultura imperante. El peligro inherente

consiste en que las iglesias llegarán a ser excelentes instituciones sociales, con ideas teológicas y prácticas religiosas lo suficientemente amplias como para que quepa prácticamente todo el mundo; y si esto ocurre, habrán perdido sus características distintivas y su mensaje profético.

Los que se hallaban presentes en la Conferencia de la Coalición Cristiana denominada "Camino a la Victoria", aparentemente creían que lo más importante que se podía hacer para volver a cristianizar la sociedad del país consistía en ponerle fin a la separación de la Iglesia y el Estado. Evidentemente no creían que las iglesias sufrirían daño si sus esfuerzos alcanzaban el éxito.

Si Machen estaba en lo cierto, sin embargo, es poco probable que una iglesia domine la sociedad y siga siendo una verdadera iglesia. La sociedad es, sencillamente, demasiado pluralista. Sólo una abierta, inclusiva y blanda religión civil sería lo suficientemente amplia como para abarcar un vasto sector de la población del país.

Si Locke estaba en lo cierto, cuando las iglesias tratan de incrementar su autoridad solicítandole al Estado que acomode la religión, descienden a un nivel de poder inferior al autorizado por las Escrituras y que el Espíritu Santo ha puesto a su disposición. Los cristianos del país van a tener que elegir entre iglesias débiles y teológicamente amorfas, amparadas por el Estado y muy dependientes de la sociedad, o iglesias fuertes y proféticas que se yergan delante de la sociedad y estén separadas del Estado. (Traducido de *Liberty*, noviembre-diciembre de 1999.) ♦

Referencias

¹ "Una representante de la Coalición Cristiana ataca la separación de la Iglesia y el Estado" (*Church and State* [Iglesia y Estado], octubre de 1996, p. 7).

² *Ibid.*

³ Jerry Falwell, Ed. Dobson y Ed. Hinson, *The Fundamentalist Phenomenon: The Resurgence of Conservative Christianity* [El fenómeno fundamentalista: el resurgimiento del cristianismo conservador] (Garden City, Nueva York: Doubleday-Galilee, 1981), p. 189. En una lista de cinco puntos acerca de "cómo considera la Mayoría Moral los temas vitales de la actualidad", Falwell y los otros dos autores mencionaron como número uno: "Creemos en la separación de la Iglesia y el Estado".

⁴ Richard Pierard, "Civil Religion: A Case Study Showing How Some Baptists Went Astray in the Separation of Church and State" [Religión civil: un estudio casuístico que demuestra cómo algunos bautistas se extraviaron en lo que se refiere a la separación de la Iglesia y el Estado], *Christian Ethics Today* 2, N° 4 [La ética cristiana en la actualidad 2, N° 4] (noviembre de 1996): 4.

⁵ Bob Boston, *The Most Dangerous Man in America? Pat Robertson and the Rise of the Christian Coalition* [¿El hombre más peligroso de los Estados Unidos? Pat Robertson y el surgimiento de la Coalición Cristiana] (Amherst, Nueva York, Prometheus Books, 1996), p. 70.

⁶ D. James Kennedy, "Church and Society", *American Family Association Journal* [La iglesia y la sociedad, Periódico de la Asociación de la Familia Norteamericana] (enero de 1993), p. 15. El director de este periódico es Donald Widom, de Tupelo, Mississippi, quien a su vez lo publica.

⁷ David Barton, *The Myth of Separation: What is the Correct Relationship Between Church and State?* [El mito de la separación: ¿cuál es la correcta relación entre la Iglesia y el Estado?] (Aledo, Texas, Wallbuilder Press, 1989); "Consumer Alert! Wallbuilders Shoddy Workmanship", *Church and State* [¡Alerta, consumidor! Los productos de los edificadores de muros son falsos, Iglesia y Estado] (julio-agosto de 1996), pp. 11-13. La retractación de los edificadores de muros aparece en la página 13.

⁸ Wallace vs Jaffree, 472 U.S. 38. Entre otros lugares, el texto disidente de Rehnquist se puede encontrar en Robert T. Miller y Ronald B. Flowers, *Toward Benevolent Neutrality: Church, State, and the Supreme Court* [Hacia una benévola neutralidad: la Iglesia, el Estado y la Corte Suprema] 5a. edición (Waco, Texas, Imprenta Markham, de la Editorial de la Universidad Baylor, 1996), pp. 333, 335, 336.

⁹ Nicholas Wolterstorff, "Locke's Philosophy of Religion", in Vere Chappell, ed., *The Cambridge Companion to Locke* [Locke y su filosofía de la religión, en Vere Chappell, editor, La guía de Cambridge para entender a Locke] (Cambridge, Editorial de la Universidad de Cambridge, 1995), p. 174.

¹⁰ Samuel C. Pearson, Jr., "The Religion of John Locke and the Character of his

Thought", *The Journal of Religion* 58 [La religión de John Locke y el carácter de su pensamiento, El periódico de la religión 58] (julio de 1978), p. 248.

¹¹ Frederick Dreyer, "Faith and Experience in the Thought of John Wesley", *American Historical Review* [La fe y la experiencia en el pensamiento de Juan Wesley, Revista norteamericana de Historia], 88:21, 22.

¹² John Locke, *A Letter Concerning Toleration* [Una carta acerca de la tolerancia], James H. Tully, Ed. (Indianapolis, Editorial Hackett, 1983), pp. 32, 33.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ D. G. Hart, *Defending the Faith: J. Gresham Machen and the Crisis of Conservative Protestantism in Modern America* [La defensa de la fe: J. Gresham Machen y la crisis del protestantismo conservador en los Estados Unidos de la actualidad] (Baltimore: Imprenta John Hopkins, 1994), pp. 3, 4. La forma como presente el tema de Machen se basa mayormente en la biografía de Hart.

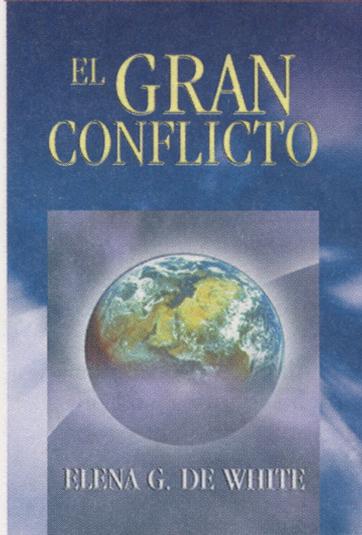
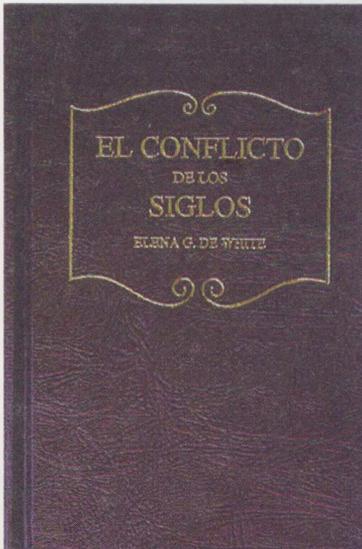
¹⁶ Hart, p. 138.

El gran conflicto:

Una edición

para cada

necesidad.



**PÍDALOS AL SECRETARIO
DE PUBLICACIONES DE SU IGLESIA.**

www.aces.com.ar / ventaces@satlink.com